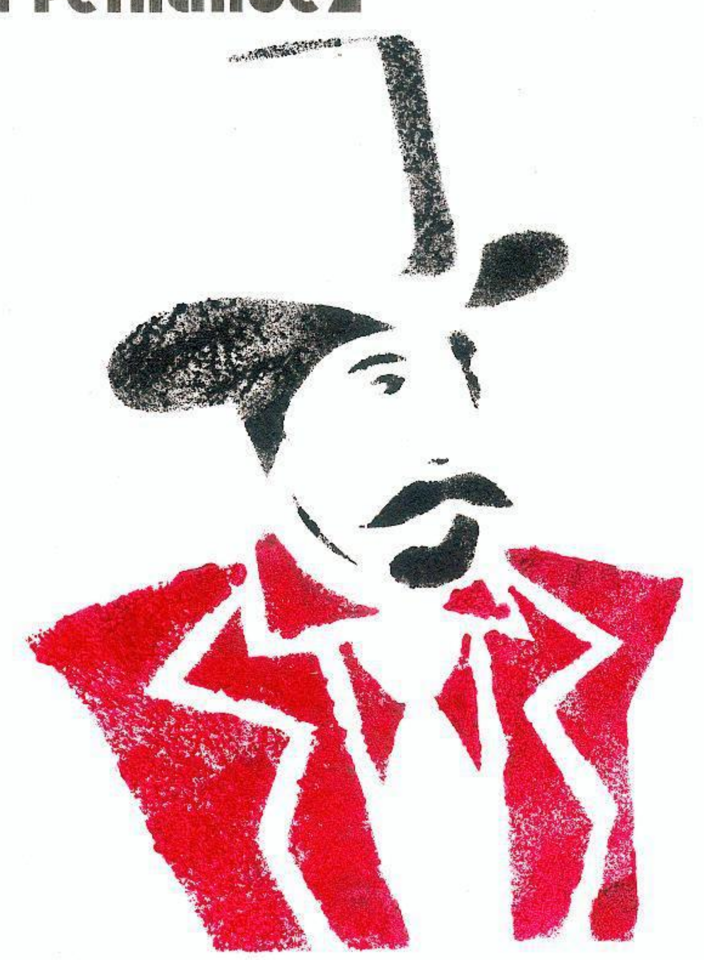
Catriel Fernández



Anecdotario de Ígor Ragendolfer



Fernández, Alejandro Raúl
Anecdotario de Ígor Ragendolfer / Alejandro Raúl Fernández. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alejandro Raúl Fernández, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-783-132-0

1. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Título.
CDD A863

https://catrielfernandez.wixsite.com/catriel

Arte de tapa: Catriel Fernández

Catriel Fernández

Anecdotario de Ígor Ragendolfer

Prólogo a la edición electrónica

Alrededor del año 2005 el primer relato de este libro decidió revelárseme. A principios de 2013, en Buenos Aires, nació la primera edición en papel, una tirada de pocos ejemplares, que constituyó mi primer libro editado.
Un incidente tecnológico me privó del acceso al archivo que contenía todo el texto original, al cual ya no pude acceder. Y un incidente casual trajo hasta mis manos una copia del libro.
Esta versión final del Anecdotario es fiel, en la medida de lo posible, al libro en papel.
Al releer el texto, y a pesar del paso del tiempo, noté que Ígor posee cualidades para ser editado.
Por ese motivo se respeta la estructura del texto original, salvo algún detalle menor que pedía corrección.

Catriel Fernández
Diciembre de 2018
Asturias, España.

A modo de introducción

(O declaración netamente prescindible)

Se preguntará el amable lector, luego de mirar desconfiadamente
el título de este folletín, quién diablos es Ígor Ragendolfer.

Esta misma pregunta me hice cuando, ejerciendo mi afición por la lectura,
descubrí que un tal Ragendolfer aparecía citado en diversos libros.
Lo notorio es que aparece en diversas épocas y circunstancias.
Me interesé por su enigmática figura.
Indagué tras alguna biografía y fue una búsqueda infructuosa.

Presentaré a continuación un resumen de los testimonios que pude conseguir. Aún me falta develar mucho acerca de Ragendolfer quien, por ahora, representa un gran interrogante.

Mientras tanto invito al lector a dar rienda suelta a la curiosidad
y develar parte de la pregunta recorriendo el presente anecdotario.

La planificación era perfecta. Un golpe increíble. Cuando me lo contó su creador, Ígor Ragendolfer, supuse que ese hombre era un genio.
El golpe sería al mismísimo banco central y la forma de acceso sería el viejo truco del túnel, esa hermosa herramienta que nos hace llegar, invisibles, al lugar del botín.
Los cálculos de Ragendolfer estimaban hasta cuántos lingotes podrían cargar cada hombre para poder huir con la velocidad necesaria y no cansarse.
Todo el plan estaba minuciosamente estudiado. Y la cantidad de lingotes por cabeza se traducían en muchísimo dinero.
Ígor mostró los planos con las construcciones existentes y con el dibujo del túnel proyectado. Los planos se presentaban en escala y se comprendían perfectamente.
Todos nos miramos y ya saboreábamos la vida que nos esperaba. Tendríamos millones en oro que podía ser derretido y sacado del país fácilmente.

Trabajamos con ganas durante un par de meses. El plano mostraba los avances del día y nos alentaba aún más.
Era un poco duro el trabaja de excavación. El aire no era algo que sobrara y el calor se hacía duro de sobrellevar. Bebíamos agua en grandes cantidades y en grandes cantidades la sudábamos.

Al fin, el día esperado.

Estábamos, según indicaba el plano, a 20 centímetros del tercer subsuelo del banco central. Sólo 20 centímetros nos separaban de miles de lingotes de oro.
Ragendolfer ordenó descansar hasta la noche, horario en que la guardia pasaba por los pasillos del tesoro una vez por hora y con una puntualidad que los delataba fácilmente.
Todos nos tiramos en unas colchonetas. Nadie pudo dormir ni un minuto. La ansiedad por tener ese botín era fuerte.
En menos de tres horas estaríamos dividiendo las ganancias y partiendo hacia la mejor vida. ¿O acaso no sería la mejor vida con una cifra de siete ceros en la billetera? Brindamos por eso y nos preparamos. Comenzamos a ponernos la fajina que Ragendolfer nos había designado.

Los relojes dictaminaron que la noche había llegado hacía rato. Comenzó el último esfuerzo. El primer ladrillo cedió fácilmente aunque hubo algo que nos inquietó: por el lugar que el ladrillo retirado dejaba en la pared entró una fresquísima corriente de aire.
Aire fresco. Nos alegramos un poco porque el calor del túnel era insoportable. Pero ¿Cómo llegaba ese aire fresco desde un tercer subsuelo?
Los ladrillos siguieron saliendo con facilidad. Por el espacio que aparecía vimos pasar una gaviota. ¿Qué hacía una gaviota volando por el tercer subsuelo del banco central?
Recién cuando retiramos los suficientes ladrillos pudimos comprender la situación. Estábamos exactamente en las coordenadas que había calculado Ígor Ragendolfer, sólo que existía un pequeño detalle: estábamos en el sitio correcto, pero unos

veinticinco metros más arriba.
Uno de nosotros se asomó y estableció la cantidad de ventanas para enterarnos que estábamos entre los pisos sexto y séptimo del edificio, sede central, del banco Nacional.
No terminábamos de salir de nuestro asombro cuando una gaviota entró por el orificio que habíamos hecho y comenzó a anidar en un rincón. Luego comprendimos que Ígor Ragendolfer había fallado en uno de sus cálculos. Todos lo miramos con furia. Él sonreía tímidamente.

Al día siguiente la noticia salió en todas las primeras planas. Los titulares hablaban de un audaz intento fallido.
Según los periódicos habrían hallado a un sospechoso colgando de un arnés, entre las ventanas del segundo y tercer piso del banco central, completamente desnudo y con todo el cuerpo tatuado con figuras de bananas y chorizos.
Una vez detenido, al sospechoso tuvieron que retirarle una gaviota ubicada en su garganta.

Fragmento del testimonio de Roberto Zapalorto en su libro "Yo no me llamo 50 centavos". 1982 Ed. Tecabió.

* * *

Todos conocían la prédica nacionalista de Leopoldo Lugones. Había ido abandonando a lo largo de su vida la esperanza en la democracia. Siempre explicaba que su fe había desaparecido luego de ver los resultados de la revolución Rusa y de la semana trágica. Incluso desarrolló una aversión a los extranjeros a quienes consideraba, al igual que consideraban todos sus amigos de la liga patriótica, los agentes de un complot internacional para desatar la revolución social.

En 1924 el gobierno de Perú invitó a políticos e intelectuales Argentinos al acto recordatorio en conmemoración de la Batalla de Ayacucho. El grupo que viajó era, en realidad, un conglomerado de patriotas y gente de clase seleccionados cuidadosamente por el gobierno.
Yo pude estar dentro de la comitiva por ser el secretario de Lugones.
No había en el resto del grupo personalidades que resaltaran demasiado, excepto por ese hombre gordo de gran estatura que se distinguía por su forma de hablar y por su olor a pulgas.
Los hombres se quedaban estupefactos ante la firmeza de sus palabras. Las mujeres decían que ese hombre utilizaba el lenguaje como arma de seducción, y le atribuían miles de aventuras amorosas. Vestía normalmente, pero llamaban la atención sus zapatos. Eran unos mocasines bicolores, de puntera blanca y generoso bigote de gajos de cuero. Ese hombre era el doctor Ígor Ragendolfer.
Cuando saludó a Lugones lo hizo de manera tan familiar que comprendí que eran viejos amigos.

(…)

Para el discurso que daría en ese acto, Lugones había invertido incontables horas de reflexión hasta llegar a plasmar el contenido deseado. Yo, en mi deber de asistente, supe de los esfuerzos de Lugones en buscar palabras claras, directas, que no dieran lugar a duda en su contenido. Que expresaran el imaginario de la sociedad Argentina.
Antes de subir al estrado principal, Ragendolfer le preguntó a Lugones sobre el contenido de su discurso mientras encendían un cigarro Mexicano. Lugones fue escueto:
—Ha llegado la hora de la espada.
Ragendolfer lo miró sin comprender totalmente mientras Lugones se ponía de pié y marchaba hacia el estrado principal en medio de los patrióticos aplausos.
El discurso de Lugones no fue largo. No recuerdo gran parte, pero en mi memoria se inmortalizó el párrafo final, que rezaba:
“—La espada, o sea el ejército—explicó Lugones desde lo alto del estrado—, dio a la Argentina el único logro real del cual podía enorgullecerse: la independencia. Desde entonces, los argentinos han vivido en el desorden y la frustración, producto de la democracia y la demagogia. Al presente se encuentran amenazados por un peligro todavía mayor: el socialismo, y a ese peligro únicamente puede eliminarlo la espada. Ha llegado el momento de actuar, porque la democracia resulta una forma anticuada de gobierno.”
Leopoldo Lugones terminó así su discurso y las multitudes de familias patricias no

paraban de aplaudir. Lentamente, y agradeciendo con un modesto gesto con la cabeza, Lugones fue llegando a su asiento. Al llegar se encontró con el Doctor Ragendolfer de pie, en una postura firme, mientras no quitaba su vista de la figura de Lugones. La cara del Doctor mostraba un gesto severo por demás.
Escuché claramente que Ragendolfer le dijo a Lugones:
—Leo, te estás volviendo loco de a poco... vas a terminar matándote un día de éstos por culpa de tu locura...
Dicho esto, tiró violentamente su cigarro y rompió su bastón de roble contra la dentadura de Lugones para retirarse del lugar dando unos saltos iguales a los de un baile de moda por aquellos tiempos, mientras decía algo parecido a "yateviadáavo".

Ragendolfer se alejó de Lugones y no lo volvió a ver, a no ser por una vez que cruzaron un par de cascotazos en un baldío de Villa Diamante.
Alejado de ese entorno autoritario hizo amistades entre gremialistas que poseían una fábrica de bombas para el partido anarquista.
Ígor no tardó en militar activamente en el anarquismo y entre sus planes estaba atentar contra la vida de Lugones con una bomba. Aprendió el oficio casi tanto como para armar la suya propia. Pero tuvo un error de cálculos, mientras fabricaba la bomba que mataría a Lugones, y murió en el acto dejando veinticinco manzanas céntricas a la redonda damnificadas por la explosión.
La inexplicable casualidad fue que esa misma tarde, en una ignota isla del Tigre, se suicidaba Lugones.

Fragmento del libro "Mi vida al servicio" de Olegario Gaspar Rebolledo, secretario personal de Lugones desde 1898 hasta el año 1935 cuando encontró la muerte en un trágico accidente con una lata de paté.

* * *

En 1936 era habitual que la alta sociedad realizara reuniones sociales aún sin saber exactamente el significado de esa palabra.
También era habitual que los integrantes de esas reuniones fueran tan entretenidos como pasarle la lengua a un ladrillo.
La fiesta era en la mansión de la familia Alvear, y la excusa para la asistencia era el viaje iniciático de Cunegunda, la hija de la condesa Van Deer Meerd, aristócrata holandesa que guardaba un ligero parecido con una cacatúa.
En esa época era habitual que, al finalizar sus estudios, los hijos de los nobles europeos recibieran un viaje alrededor del mundo a modo de regalo.
La joven agasajada era una joven rellena (rellena de sedentarismo y comida basura multinacional) y con la gracia de un pisapapeles.
Al llegar la homenajeada a la fiesta todos interrumpieron sus charlas para recibirla con un aplauso, mientras ella bajaba torpemente por los escalones de mármol de la escalera principal de la mansión. Tan torpemente que a los pocos peldaños de su marcha descendente tropezó con su propio vestido y rodó escaleras abajo.
Hubo un ligero revuelo entre los mayordomos que intentaban ayudar a la joven y sin querer le desacomodaron la peluca, pero en un breve instante ya lucía sonriente caminando con un taco roto, con una enorme hematoma en su frente y la lechuga de un sándwich colgando de su voluminoso escote.
Cunegunda caminó entre los invitados sin encontrar a nadie interesante, sea por el estado de ebriedad de la concurrencia o sea por el no dominio de idiomas europeos que los aristócratas poseían.
Aburrida, se dedicó a comer unos bocaditos de fugazza rellena que el chef, un descarado, había hurtado de una pizzería cercana. Después de trescientos veinticinco bocaditos Cunegunda notó que los ventanales daban a unos espectaculares balcones y pensó que un poco de aire fresco no le vendría mal para despertarse.
Al salir al balcón la joven miró la luna. Enorme. El aire otoñal jugaba con las ramas de los árboles provocando una particular melodía. Todo el jardín, con su colorido, perdía el miedo a la noche bajo la luz de la luna y dejaba que sus colores jueguen a inventar formas.
Súbitamente, se escuchó una voz:
– ¿No es hermosa la luna llena?
La joven saltó sobresaltada. No había advertido a ese hombre entre las penumbras. Giró hacia él y lo estudió. Una leve sonrisa animó al hombre a insistir:
– ¿Salió a tomar fresco? – preguntó el hombre arqueando su ceja izquierda.
La joven no contestaba. Lo miraba con evidente cara de no entender.
El hombre extendió su mano a modo de saludo:
—Ígor Ragendolfer— dijo con una sonrisa.
—Cunegunda Van Deer Merd— contestó y miró el gesto de desconcierto del hombre.
— ¿Deutsch? – preguntó repentinamente.
La mirada extrañada de Ragendolfer no tardó en aparecer. La joven insistió:
– ¿English?
Silencio.
La muchacha hizo una mueca y comenzó a hacer señas. Se señalaba a ella misma, luego hacía olas con las manos y ruido de mar con su boca. El hombre entendió mar,

e imaginó que ella trataba de hablar de un barco.
— ¿Vino usted de Europa?— Ragendolfer preguntó olvidando que su interlocutora no hablaba español.
—Europa— repitió ella.
La joven dijo en un acento extraño “Europa, Europa” mientras afirmaba con la cabeza y daba fuertes golpes con su pié.
Era un avance.
Ella suponía que el hombre comprendía que vino desde Europa.
Ragendolfer entendió que ella tenía una tintorería que se llamaba Europa.
Así, por señas, comenzaron una animada charla.
Cunegunda le contó de sus estudios, de la certeza de que las matemáticas modernas ayudarían mucho a la ciencia del futuro, y de los bellos paisajes de su país. Todo esto apelando a ingeniosas señas.
Ragendolfer afirmaba con la cabeza mientras interpretaba que ella era una tintorera emigrada desde Japón que se quejaba de lo caro que está todo y que llegó a este país escapando de su adicción al opio.
Luego Ragendolfer, por señas, le confesó que él era en realidad un pobre lustrabotas que se había colado en esa reunión con la intención de robarse algunos canapés. Todo con señas.
Como a veces sucede, perdieron la noción del tiempo. El hombre supuso que había pasado un largo rato en el balcón. Además sus suelas estaban agujereadas y le estaba entrando frío en los pies. Con señas quiso invitar a la joven a tomar un helado, adentro, en el buffet.
Ragendolfer, gesticulando, hizo como si tuviera un helado en su mano y luego le pasara la lengua un par de veces, y con un rápido movimiento ladeó su cabeza hacia el interior del lugar.

Nadie notó la ausencia de la pareja en toda la noche.

Conversación entre dos ancianas de pantuflas y ruleros oída al pasar en una panadería del barrio de Olivos. Relato transmitido en el programa “Medianoche aburrida”, conducido por Paula Julia Angulo en AM 833 La voz de Villa Teniente General Gerónimo Sofovich.

* * *

Mientras bajaba los escalones hacia el andén del subterráneo Ígor Ragendolfer no necesitó mirar su reloj para saber qué hora era exactamente.
Desde tiempos que se le escapaban de la memoria se levantaba a las 8:05 AM. Se vestía apenas sonaba el reloj y mientras caminaba errante hacia el baño ponía la pava en el fuego. El trámite del baño siempre incluía preparar el cepillo de dientes primero, luego realizar el resto de la rutina y salir del baño terminando de peinarse para luego dejar el peine en la cocina.
Nunca supo con certeza porqué el peine quedaba siempre allí.
Luego, preparar el café con leche instantáneo y mirar el noticiero de la televisión durante el desayuno para saber cómo venía el pronóstico del tiempo. El desayuno era rápido. Tan rápido que cuando el reloj marcaba las 8:30 AM siempre parecía demasiado pronto. Era el momento de correr hacia la puerta mientras se revisaba si estaban a bordo la billetera, las llaves, el móvil y los cigarrillos.
El ascensor siempre hacía perder tiempo así que, a menos que estuviera en el mismo piso, optaba por bajar por la escalera los dos niveles que lo separaban de la calle.
Luego el "buen día" al encargado del edificio que siempre fumaba un cigarrillo negro sentado en la mesa que está en el hall de entrada.
Ya en la calle repetiría de memoria los detalles de las veredas durante las cuatro cuadras que tardaba en llegar la estación.
Al sacar el boleto saluda cordialmente a la boletera y lamenta que el momento de verla sea tan efímero.
Al finalizar esa reflexión pasa por el molinete y baja las escaleras hacia el andén.
Son las 8:33 AM.
Al entrar al andén dobla hacia la derecha y confirma en el reloj electrónico que cuelga del techo su puntualidad, o no, al horario de ingreso a la oficina, y camina hacia el final del andén así cuando baje del tren estará junto a la escalera de salida y no será víctima del embotellamiento humano que se forma siempre en la escalera mecánica.
Mientras bordea el quiosco de revistas aminora el paso y ojea los titulares de los diarios que casi siempre repiten lo que decían los noticieros hace pocos minutos.
Luego del quiosco, ese día, está estacionado un policía que a sus pies deja descansar a un perro. El perro tiene una chaqueta que lo identifica como agente del orden.
Ragendolfer mira al perro con la simpatía automática con la que mira a todos los perros.
Súbitamente, el perro policía devuelve fijamente la mirada e impulsado por un potente resorte deja su relajada posición y salta hacia el hombre mostrando los dientes. El policía siente el tirante ataque en la correa. Intenta detener al can en medio de trabajosos esfuerzos. El perro ladra sonoramente y toda la gente del andén mira atónita la situación sin llegar a entender qué es lo que pasa. Muchos se alejan lentamente.
El policía le grita al perro una jeringosa indescriptible y el perro insiste en su ataque con mucho ánimo.
Ígor está ahora contra la pared, justo en el rincón que se forma con la estructura metálica del quiosco de revistas. Muestra un rostro de palidez lunar. Su mirada deja escapar todo el terror que no usó desde aquella vez que, siendo niño, quedó colgado

de un pié en una de las ramas más altas del árbol que trepaba con los amigos de la cuadra.
Sus brazos, estáticos, dejan descubrir un temblor, una vibración.
El policía lucha con la correa del perro, que no cesa en los ladridos y en los intentos de triturar con sus fauces las tibias de Ragendolfer.
Llega un hombre de seguridad del subterráneo, alertado por los ladridos, junto al tren que emerge de la cueva subterránea atacando los oídos de los pasajeros con un agudo quejido.
El ruido, el movimiento de pasajeros que descienden, y caminan mirando estupefactos la escena, y los esfuerzos del policía y del seguridad por calmar al perro se mezclan y se funden un poco.
Cuando el tren arranca y hace mutis, ruitis, por el foro, el perro logra ser amordazado con un bozal. A fuerza de golpes de correa logran contenerlo y al fin obedece la orden de sentarse.
El andén semivacío vuelve a ser la escena gris que se repite diariamente.
Ígor aún está paralizado. Todo su cuerpo tiene la contextura y la dureza de una barra de hielo.
Su pulso batió el récord de velocidad y su respiración aún se entrecorta.
Su ropa desarreglada y su despeinado no mienten al describir su estado. Está realmente alterado.
El policía se asegura la inmovilidad del perro y luego de pasarle la correa al seguridad, e intercambiar unas breves frases, camina hacia el hombre.
—Señor... ¿está usted bien?
Ragendolfer lo mira sin entender nada. Articula alguna palabra pero sus labios responden al shock que preside su cuerpo.
Pasan algunos minutos descifrables sólo por el paso de dos trenes junto al andén mientras el policía permanece de pié frente a Ígor rogándole que se tranquilice.

Al fin el hombre recupera el autocontrol de sus cuerdas vocales y le confirma al agente:
—Ya está.
— ¿Se encuentra bien ahora?
—Si... ya está pasando— confirma Ragendolfer pasándose la mano por el pelo.
Arreglándose la ropa observa al agente inmóvil y pregunta tímidamente:
— ¿Me tiene que... revisar?
— ¿Revisarle qué?— pregunta el policía frunciendo el ceño.
—Digo... el perro me detectó algo... sino no saltaría así... ¿no es, acaso, un perro entrenado para detectar... cosas?
El agente comprende la pregunta y un gesto afloja su semblante:
—No. Bueno, sí. Le tengo que dar mis más sinceras disculpas.
—No entiendo—se queja Ígor.
—Vea, le tengo que ofrecer disculpas en nombre de la institución misma. Lamento muchísimo que haya tenido que pasar por éste momento y le aseguro que fue un accidente.
Ragendolfer deja entender con un gesto que no comprende esas palabras.

El policía explica:
—Señor, verá usted... éste perro está especialmente entrenado, pero no para detectar drogas. Éste es un perro policía que detecta rutinarios. Detecta personas abatidas por la rutina, personas que ya abandonaron la esperanza de una emoción en medio de incontables días grises y calcados.
Es uno de los mejores. Y lo traslado para realizar un trabajo especial. Como es un animal tranquilo lo solemos trasladar en el subterráneo. Siempre viajó en subterráneos y nunca habíamos tenido ningún problema.
Nuevamente le doy las disculpas y lamento mucho que haya pasado este mal momento. Tenga usted un buen día.

El policía recuperó la correa y dándole un certero tirón caminó a paso rápido hacia el otro extremo del andén. Al pasar junto a Ragendolfer el perro le dejó una última mirada amenazadora.
Ragendolfer los vio alejarse sin terminar de sorprenderse de las palabras que acababa de oír.
Una nueva formación salía de la cueva y descansaba junto al andén. Miró el reloj y subió al tren que abría sus puertas.
Mientras viajaba pensaba en lo que le diría a su jefe para justificar la llegada tarde.

Relato aparecido en “Crónicas del subterráneo”, libro clandestino escrito por un alemán de nombre irreproducible, traducido por un suizo que hablaba muy mal japonés y amigo de un linotipista italiano que era corto de vista

* * *

La tarde de Agosto regalaba una brisa adelantada, cálida, a los paseantes. Los árboles se mecían suavemente al ritmo del canto de las aves. Algunas nubes lejanas dibujaban en el cielo azul formas indefinidas, como suelen hacerlo las nubes. El lago jugaba con los rayos del sol y hacía extrañas figuras luminosas entre los patos que se desplazaban por el espejo con rumbos caprichosos.

Si el lector ya se imaginó la escena cursi podemos continuar.

Por el borde del lago, una senda de ripio soportaba a dos mamíferos que caminaban lentamente. Iban de la mano y se miraban con el gesto idiota que sólo pueden poseer dos enamorados. Eran Ramira Moyano e Ígor Ragendolfer, una parejita de tórtolos que disfrutaban de ese verano adelantado paseando por el bosque municipal.
Ella sonreía hasta con los tropiezos de Ígor. Su mano derecha sostenía la mano derecha de su amado mientras caminaban. Su mano izquierda sostenía una gruesa porción de sandía a la que mordisqueaba de cuando en cuando para después escupir sonoramente las semillas y tratar de atizarle a algún pato.
Al costado del camino un banco de madera, debajo de la generosa sombra de un árbol, esperaba en soledad la compañía de algún paseante. Ígor y Ramira decidieron descansar. Se sentaron y lo primero que hizo Ramira fue quitarse los zapatos y aflojarse la faja.
Hablaron casi en susurros, entre besos y caricias cargadas de miel.
Los distrajo un sonido extraño. Miraron al piso y encontraron una pequeña ardilla que los observaba con curiosidad.
Ígor sacó de su bolso una galletita y con gestos suaves la acercó al pequeño animal.
La ardilla se acercó poco a poco rompiendo lentamente, muy lentamente, la desconfianza inicial. Ramira sonreía y animaba a Ígor a darle más galletitas a la ardilla con unos codazos poco sutiles.
Silenciosamente aparecieron tres ardillas más. El gesto se fue repitiendo y en pocos minutos las cuatro ardillas se acercaban a Ígor ya sin la desconfianza inicial y con la felicidad de tener alimento sin esfuerzos.
La escena parecía sacada de una película (de una película aburrida): la parejita feliz, junto al lago, alimentando a cuatro pequeñas alimañas bajo un cielo azul y soleado.
Luego fueron entrando en escena algunas ardillas más.
El grupo pionero ya se acercaba a Ígor con mucha confianza mientras las recién llegadas esperaban a una distancia prudente algún trozo de comida.
Una de las ardillas trepó por la pierna de Ígor llegando hasta su hombro. Con suavidad acercaba su nariz a las mejillas del hombre, curiosa.

La escena ofrecía cierta ternura.

Luego otra ardilla trepó hasta el sombrero de Ígor y husmeó el paisaje con cierto gesto inquieto.
Más ardillas llegaban poco a poco y ya ocupaban los alrededores del banco en donde descansaba la pareja.
Tres ardillas treparon hasta la cabeza de Ragendolfer.

Unas quince poblaron rápidamente sus hombros y se disputaban un lugar sobre el sombrero.
Más ardillas trepaban por las piernas del hombre.
En su espalda una cantidad indeterminada de roedores colgaba despreocupadamente.
Cinco ardillas ya ganaban espacios dentro del saco.
Una intentaba entrar por la botamanga de su pantalón. Otra había ganado lugar dentro de la manga de la camisa.
De los bolsillos del saco asomaban, claro, cabezas de ardillas.
Otras luchaban por conservar su lugar colgadas a la corbata.
En el sombrero unas veinte ardillas hacían equilibrio y otras tantas colgaban.
Una multitud, ya indeterminada, copaba el interior del saco incluso los bolsillos interiores.

En ese momento Ramira creyó conveniente emprender la huída.
El suceso duró unas dos horas más. Muchas otras ardillas seguían llegando y ganaban un lugar sobre ese montículo. Hasta que llegó al fin la guardia municipal para despejar el lugar y liberar al casi asfixiado Ragendolfer.
Una vez liberado el hombre preguntó por una tal Ramira, pero los empleados municipales le dijeron que no había nadie en los alrededores y mucho menos con ese nombre tan ridículo.

Del libro "Crónica de los parques locales y selección de recetas de repostería" - Publicación del Gobierno de Villa Teniente General Gerónimo Sofovich – 1914

* * *

… en la historia del teatro argentino encontramos un ejemplo único en el mundo, que es el teatro minimalista absurdo.
Esta corriente teatral se desarrolló a principios de la década del 70 y conquistó una unanimidad inédita en el público del teatro alternativo: todos en contra.
Sus mentores redactaron un manifiesto en un bar de Almagro que los historiadores no logran determinar. Algunos sostienen que fue en el Le Ronde, que estuvo en Rivadavia y Castro Barros, en donde hoy se ubica una afamada fábrica de tampones. Otros se inclinan por el Bar Estenográfico, ubicado en la vieja sede del gremio de estenografistas litúrgicos, sobre la avenida Belgrano. Todos estos datos son tan difusos como inútiles.
Entre el grupo fundador del movimiento encontramos a Ceferino Abrego, que se haría famoso años mas tarde conduciendo programas de entretenimiento en un canal televisivo, Ígor Ragendolfer, conocido mecánico de máquinas de escribir portátiles, y Amilcar Trapan, varias veces detenido por hurtos y atentados a la moral pública en años anteriores.

El texto del manifiesto tampoco pudo conocerse porque la esposa de Trapan envolvió media docena de huevos con el escrito, sin notarlo, en el almacén en donde trabajaba. Por los relatos de los allegados se pudo saber que el teatro minimalista absurdo basó su filosofía en dos puntos principales: minimalista en cuanto a escenografía poco elaborada ya que consideraban que el mérito de la actuación hacía prescindibles los ornamentos escenográficos, y absurdo en cuanto a su desarrollo argumental.

Ceferino Abrego, en un reportaje a la revista Alcantarilla Cultural en 1979, recordó que la intención de esa corriente teatral quería rescatar el absurdo como elemento teatral porque “estábamos cansados de tanta coherencia en el teatro argentino, que de alguna manera reflejaba la coherencia de la sociedad en esos momentos”. Algunos críticos objetaron este enfoque.

Un ejemplo del teatro minimalista absurdo fue encontrado entre las páginas de un tomo de “Mis sagrados calzones”, libro escrito por un religioso disidente, en la biblioteca barrial de Boedo donde se sabe que Ragendolfer asistía regularmente. La obra está resumida en una hoja manuscrita y se cree que fue el boceto de “Sandía y vino”, varias veces representada en teatros off corrientes, y se transcribe completa:

“El escenario debe estar completamente vacío, a excepción de dos cubos de madera color borravino que descansarán en el centro. Por la derecha entrará un actor con cara de botamanga y vestido con un disfraz de pato que lentamente se acercará a uno de los cubos, lo observará y tomará asiento. De frente al público mirará extrañado hacia ambos lados.
En tanto aparecerá una actriz por el lado izquierdo de la escena con el mismo paso cansino que ostentaba el actor segundos antes. Tomará asiento en el cubo libre y fijará su vista sobre el público.
Ambos actores deberán permanecer inmóviles durante los próximos noventa y dos minutos, mientras detrás de escena un botarate calvo hará sonar una campana cada 15

segundos.
Luego de los noventa y dos minutos el hombre girará su cabeza hacia la mujer y con voz segura, firme, preguntará:
– ¿Sabíamos que este momento llegaría?
La mujer, sin desviar su vista, responde:
– ¡Si!
Cae el telón y finaliza la obra."

Se sabe que "Sandía y vino" se estrenó en el teatro de la Unión de Taxistas Aburridos. Casualmente, los diarios registran, en la misma época, un atentado con gamexane contra esa sala. Ninguna noticia comenta el nombre de la obra, pero la casualidad es llamativa.
También trascendió el hecho de que los integrantes del movimiento fueran amenazados en distintas oportunidades. Incluso una casa quinta que Ragendolfer tenía en las afueras sufrió un bombardeo aéreo anónimo.
En el libro "Mis años al pedo" el carpintero bolchevique Jaime Retorro nos ilumina con un testimonio valioso:
"...es cierto que el grupo sufrió atentados. Yo les armaba algunas escenografías y sabía que, además de los colegas celosos de sus ideas de vanguardia, tenían el odio de oficiales del ejército que nunca pudieron comprender que el mensaje de la obra "Los milicos se la comen" no era una agresión a la institución sino una reflexión sobre el carácter prusiano que había predominado en el ejército. Ceferino Abrego llegó a hartarse tanto de las amenazas anónimas que le enviaban por correo que optó por correr al cartero que se las dejaba con un palo, y no le llegaron, entonces, ni amenazas ni la factura de la luz".
Los esfuerzos del grupo nunca llegaron a ser comprendidos, es cierto, pero ellos mismos reconocieron errores en la formulación del mensaje que pretendían expresar. Así, en "El aluvión zoológico", sufrieron el acoso de las centrales sindicales que llamaron a boicotear la obra y a "bajarle todos los dientes" a los autores. La obra, igualmente, llegó a ser representada en un coqueto auditorio de Barrio Norte ante un público notoriamente oligarca que se sintió atraído por el título.
La señora Merlina Alvear Talcahuano, en una esquela de la revista del Rotary Club porteño editaba en Octubre del 72, comentó que "la obra El aluvión zoológico" es una propuesta de arte en la que 15 actores se refriegan por el cuerpo unos churrascos de cuadril mientras recitan consignas en idioma húngaro, así que seguro que son comunistas".

Ragendolfer aseguraba, en su libro "El teatro me tiene harto", que la obra trataba de expresar un paralelismo, utilizando lejanos obreros húngaros, de los padecimientos de las masas peronistas. En el libro jura que las imágenes de Eva Perón y de Lorenzo Miguel eran representadas por unas latas de arvejas que formaban parte del decorado. El público nunca lo entendió y el boicot de la resistencia sindical ayudó a que la obra fracasara irremediablemente.

El último intento de esta corriente teatral fue en el estadio del club Victoriano Arenas,

en el partido de Lanús. Allí se representó una obra de supuesta temática nacional y popular, en la que dos jubilados luchaban contra un general corrupto que les robaba las dentaduras postizas y una banda de enanos en paños menores hacía un llamamiento a la revolución. La simple alusión a un general, y el llamamiento a la revolución, provocó que la policía detuviera el estreno de la obra entre el segundo y el tercer acto y clausurara el estadio. Fueron detenidos los ochenta y cuatro actores y las quince personas del público.
Luego de este golpe el grupo se disolvió.
Ceferino Abrego continuó intentando ejercer la actuación pero su éxito televisivo le hizo olvidar todo vestigio del arte escénico, hasta 1982 cuando murió de un disgusto después que la selección quedara fuera del mundial.
Amilcar Trapan tuvo una exitosa carrera como carterista en la línea 39.
Ígor Ragendolfer emigró con rumbo desconocido y nunca se supo nada más de él. Algunos de sus detractores sostenían que estaba viviendo en Cuba, representando folletines revolucionarios.

Fragmento de "Historia del under, loco" de Cástulo Prudente. Ed. Norma Plá. 1983

* * *

La entrada de la casa no tenía detalles dignos de distraer la atención de los ciudadanos portadores de buen gusto. Era una de esas casas grises que bien podrían desaparecer sin que se notara demasiado su falta.
La puerta era custodiada por dos agentes del orden con cara de papel de lija. Esa puerta servía para ingresar a la casa. También para salir de la casa. Era una puerta multifuncional.
El atardecer invernal dibujó dos sombras en la esquina, que al acercarse dejaron descubrir al detective y a su ayudante.
En la puerta de la casa el detective se presentó sacando una feta de jamón de su billetera, a modo de identificación. Los guardias, al saber quién era el visitante, adoptaron una respetuosa postura firme, emitieron algo parecido a palabras humanas hacia el interior de la casa y un mamífero de grueso bigote emergió con cara de sueño. El mamífero era el comisario Prudencio Bordadero que al ver al visitante se deshizo en reverencias diciendo:
— ¡Detective Ragendolfer! Agradezco que haya respondido a mi llamado.
Ragendolfer saludó con una apenas perceptible inclinación de su cabeza y mirando hacia el interior de la casa contestó:
—Fue usted afortunado, comisario, porque no suelo responder los llamados en las horas impares. Le presento a mi ayudante, Oshiro Tatsumoto Goldstein.
El ayudante hizo una respetuosa reverencia mientras el detective ordenó:
—Interioríceme sobre el caso, Bordadero.
— ¿Qué clase de profesional?
—De la clase 1968.
— ¿Se sabe el móvil del crimen?
—Ya no se mueve.
— ¿Cómo lo encontraron?
—Bastante pálido.
— ¿Hay algún sospechoso?
—Seguramente lo habrá.
Ragendolfer miró a su ayudante y le comentó:
—Oshiro, creo que ambos suponemos lo mismo.
—Ahá —respondió Oshiro.
—Comisario, permítame revisar la escena. Tal vez encuentre algo interesante.
Los hombres que custodiaban la puerta seguían con su aburrido gesto mientras comían una banana.
Apenas traspasaron la puerta se toparon con un cadáver tirado en el piso. Su rostro apuntaba al techo. En su frente, el arma homicida aún descansaba: una empanada de carne. Sin hornear.
—Oshiro, –Ragendolfer en cuclillas observaba el cuerpo— ¿Trajo usted un escarbadientes?
—Ahá –respondió el ayudante Japonés mientras de su bolsillo interior sacaba el palito requerido.
El detective Ígor Ragendolfer colocó el escarbadientes en sus labios y con un jugueteo continuó observando al occiso. Nada mostraba algo que pudiera interpretarse como una pista.

En su mano izquierda había un aviso de una factura impaga del servicio eléctrico, que brindaba a sus usuarios de todo menos electricidad.
—Creemos –interrumpió el comisario Prudencio Bordadero— que el asesino aprovechó un descuido y lo atacó con una de las empanadas que el hombre estaba preparando— sacó de un bolsillo una pipa de cedro y comenzó a comérsela.
— ¿Tiene amigos o parientes?— indagó el detective.
—Tengo un hermano que vive en Córdoba y dos amigos idiotas que...
—Me refiero al occiso, Bordadero— Ragendolfer habló en un tono cortante.
— ¡Ah! Pues hablamos con sus padres. La madre se quejó de que su hijo no la llamaba nunca desde hacía un mes atrás y el padre es sordo como una tapia.
— ¿Pareja?
—Si. Como una tapia pareja.
Ragendolfer se dirigió a la cocina de la casa. En las mesadas había un desorden de alimentos y algunas empanadas sobre una fuente.
La canilla goteaba una melodía holandesa del siglo XV. En la heladera, sostenida con un imán de un local de entrega de pantuflas a domicilio, descansaba una factura de la compañía eléctrica, vencida desde hacía dos semanas.
Oshiro inspeccionó el ambiente con ojos de lince resfriado cuando Ragendolfer le comentó:
—Verdaderamente llamativo ¿No es así?
—Ahá –respondió Oshiro Goldstein con su habitual verborragia.
El detective se asomó al baño y notó que en la luna de la toilette había un corazón dibujado con uno de esos lápices que las mujeres se introducen en los ojos para resaltar su vanidad y su mirada.
—Esclarecedor— comentó.
—Ahá –Oshiro secundó el comentario.
Sobre la mesa ratona del living descansaban dos ejemplares de la revista Tejidos con pelo de hámster. En la pared un diploma amarillento declaraba que el finado era Contador de Ovejas, con el aval del decano de la facultad.
Sobre una de las repisas una serie de sobrecitos de azúcar se amontonaban promiscuamente, un papel de envoltorio de chocolate sujetaba el amontonamiento y un boleto de colectivo mantenía respetuosa distancia del asunto.
—Oshiro, ¿Cree que esto nos dé una pista?— dijo en voz baja el detective.
—Ahá—contestó el ayudante, como bien habrá supuesto el lector que sucedería.
Finalmente inspeccionaron el dormitorio. En la mesa de noche había un reloj despertador, una lámpara y un martillo electroneumático.
En una silla descansaba una americana. En sus bolsillos guardaba un pañuelo, una garrocha y la foto de una mujer.
El detective la observó, mostró la foto a Oshiro Goldstein y sentenció:
—Creo que no necesitamos más.
—Ahá.
Ambos caminaron hacia la puerta de la casa en donde el comisario y los dos agentes discutían acerca de qué marca de detergente era mejor. Al ver salir a los dos hombres la discusión cesó abruptamente.
— ¿Alguna novedad?— inquirió el comisario Bordadero mascando el borde de su

corbata.
—Sí. Es demasiado simple y me extraña que usted no lo notara antes, comisario— sentenció el detective. — El occiso estaba enamorado hasta la inflamación del endocardio. Y usted sabe, como bien declaró un escritor español, que un hombre enamorado es un idiota al cubo. Prueba de eso son las revistas que compró. ¿Qué hombre en su sano juicio compraría revistas de tejido? Otras pruebas confirman el enamoramiento. Sólo un hombre enamorado guarda sobres de azúcar que seguramente son de los bares en donde estuvo con su amada... También hay un envoltorio de chocolates, que seguramente la dama en cuestión engulló y el hombre guardó como recuerdo. Innegable es el corazón dibujado en la luna de la toilette. Revise usted toda la casa y le apuesto que no encontrará un lápiz de ese tipo. Esas cosas las llevan las mujeres consigo. Una mujer puede dejar en la casa de un hombre cualquier objeto excepto un maquillaje.
—No llego a comprender del todo, detective— objetó tímidamente el comisario— ¿Qué nexo hay entre ese enamoramiento y el crimen?
Ragendolfer miró a Oshiro Tatsumoto Goldstein, su ayudante, y ambos hicieron una sonrisa.
—Justamente –explicó el detective— fue esa idiotez propia del enamoramiento la responsable de la muerte. El hombre no pagó su factura del servicio eléctrico. Un olvido propio de un enamorado. Y exactamente cuando estaba cocinando debe haber recibido el aviso de la compañía por falta de pago. El hombre, sorprendido por su descuido, seguramente golpeó su frente con la palma de la mano como hacemos todos cuando nos sorprende algún evento. Pero esta vez en la palma de su mano había una empanada, que se clavó en su frente y le provocó el deceso.

El silencio se apoderó de los agentes de la ley que no podían creer cómo el genial detective resolvía el caso con sólo una rápida vista del asunto.
La fama que precedía el detective Ígor Ragendolfer una vez más mostraba que no era un vano invento de las habladurías. El comisario se deshizo en agradecimientos y reverencias que Ragendolfer aceptó con la humildad de los grandes genios y los agentes mostraban que aún no salían de su asombro abriendo la boca hasta el disloque mandibular.

Ragendolfer saludó a los hombres y preguntó a su ayudante Oshiro Tatsumoto Goldstein:
— ¿Aún está a tiempo para llegar a sus clases de danza?
—Ahá.
—Entonces nuestros caminos se separan aquí. Nos vemos mañana.

Oshiro Tatsumoto Goldstein sacó del interior de su gabán un par de patines, se los calzó en los pies y se deslizó rumbo al noroeste.
El detective caminó con rumbo opuesto.
A sus espaldas el comisario y los dos agentes lo saludaban, emocionados, agitando unas banderitas.

Fragmento del libro “Criminología y álgebra financiera” de Canuto Cagnete. 1984
Ed. Tamborini-Mosca

* * *

Quienes estuvieron presentes aquella noche en el casino de Puerto Madero jamás olvidarán el gesto que llevaba el rostro de Ígor Ragendolfer.
Era el primer viernes de un invierno indeterminado y el viento fresco rodeaba el lugar.
El hombre entró caminando con una actitud devastada. Su postura generaba lástima y miedo. Lástima porque se veía en el gesto un abatimiento profundo, de esos que mellan el espíritu, y miedo, especialmente y más que lo anterior, ya que la letra de la muerte se leía en su rostro.
El sufrimiento se posó sobre quienes vieron ese rostro al entrar a la sala de juego.
Ragendolfer caminaba lentamente hacia la mesa. Sus zapatos de charol bicolores avanzaban dejando una estela en la gruesa alfombra mientras con cada paso disminuía la distancia entre el hombre y la mesa de ruleta.
Los apostadores casi no vieron al hombre que se acercaba a la mesa porque la distracción de ese dinero en forma de trocitos de acrílico era un artefacto de hipnosis admirable.
Sólo el empleado del casino miró a ese sujeto de chistera de papel de periódico. Vio como el hombre sacaba de un bolsillo una única ficha, la depositaba sobre el número tres, y luego se perdía entre la turba de apostadores.
La ruleta aminoraba su marcha rápidamente, dejando a Ragendolfer con un gesto aún peor del que portaba al entrar al lugar debido a dos razones:
Primero porque el número en el que se detuvo la ruleta era el 14, rojo.
Luego porque los restantes apostadores que jugaban en la mesa, unos cuarenta y dos, aproximadamente, habían apostado, todos ellos, al 14, rojo.
Ígor se retiró con el mismo andar con el que había entrado abriéndose paso entre los cuarenta y dos sonrientes apostadores que se empujaban para recibir sus ganancias.
Al salir del casino su gesto cambió instantáneamente.
Una idea, algo que le pasaba de vez en cuando, había nacido en su mente. Su último centavo, aquel que le hubiera permitido sustentarse al menos por dos días, se había ido dejándolo en el total desamparo. No tenía trabajo ni familiares ni amigos que pudieran auxiliarlo. Sus pertenencias, un bolso mugriento que guardaba un par de ropas viejas y una sola fotografía, estaban en manos del encargado de una pensión hasta que Ragendolfer abonara la deuda de dos meses de alquiler que tenía, pagara los gastos de los destrozos que generó aquel experimento con pólvora y un líquido que emitía una particular luz verde fluorescente, y devolviera las lamparillas que se robó.
Sólo quedaba un camino posible.
Vagó sin rumbo por algunas decenas de minutos, hasta que notó algo que era perfecto para su idea.
Una puerta mal cerrada dejaba libre la entrada de un edificio. Ígor miró hacia arriba.
Ayudándose con sus dedos contó la cantidad de pisos: setenta y tres. No estaba mal.
Aprovechó la cerrada noche para entrar sin ser visto por algún accidental testigo.
Subió al ascensor y digitó el botón del último piso posible. Ígor notó que el ascensor sólo llegaba hasta el cuarto piso de modo que subió los restantes sesenta y nueve pisos por la escalera.
Al llegar a la terraza la frente de Ragendolfer mostraba severas goteras y su

respiración estaba bastante acelerada. Al ascender el último escalón tuvo la misma sensación de triunfo que los jugadores de la selección nacional de fútbol al ganar la copa del mundo.
Le costó un buen rato volver el aliento a la normalidad.
Caminó hacia la puerta que daba a la terraza. Era de metal y aparentemente estaba cerrada por fuera. Ígor decidió abrirla con la motosierra que suele llevar consigo cuidando de no hacer ruidos que despertaran a algún ocupante del edificio.
En pocos instantes la puerta cedió. El hombre llegó, al fin, a la terraza.
Parado al borde del abismo Ígor contempló la ciudad. El paisaje le acercaba cierta paz y cierto olor a podrido de una curtiembre cercana.
Pensó en escribir algo. Tomó un bolígrafo de sus medias y sobre una tarjeta escribió: “Señor juez: váyase al carajo”.
Guardó el bolígrafo en el mismo bolsillo que la tarjeta por si durante la caída se le ocurría agregar algo más a la escritura.
Miró hacia abajo y de un rápido movimiento se zambulló al vacío.
Parecía, a los ojos de Ragendolfer, estar viendo una película en cámara lenta. El suelo se acercaba a la velocidad de un empleado público.
Durante esa película la variedad de sensaciones que sentía Ígor lo adentraban en un nuevo y novedoso mundo.

Al fin, el golpe.

Después del golpe, un dolor intenso.
Ragendolfer estuvo frotándose la frente, superficie de su cuerpo que golpeó contra el pavimento al finalizar la caída, hasta que el dolor disminuyó un poco su intensidad.
Luego se sentó, confundido, y estuvo con la cabeza gacha un rato. Después miró el edificio del que había saltado, contó nuevamente los setenta y tres pisos y siguió confundido.
Se levantó entre dolores en la totalidad de su cuerpo. Vio que la puerta del edificio seguía abierta y se encaminó hacia ella resuelto a repetir su salto, pero después de repetirlo siete veces con idénticos resultados comenzó a pensar que los milagros existían o que el pavimento ya no se fabricaba tan duro como antes.
Hizo un repaso mental de cada salto y de cada uno sólo recordaba el momento, breve, durante la caída. Esa emoción desafiante de instintos de supervivencia era, además de muy fuerte, algo distinto. La adrenalina excitaba tanto los sentidos que el momento del choque contra el asfalto quedaba en un segundo plano, resultando la consecuencia de un momento, de una experiencia casi orgásmica.
Ígor Ragendolfer pronto comprendió que además de haber llegado al mundo inmortal había nacido con un gusto por las emociones fuertes. Ahora la lejana emoción de ver cómo todo lo que poseía era devorado por una ruleta parecía algo simple junto a su nuevo descubrimiento. Desde entonces el inmortal Ígor Ragendolfer disfruta de arrojarse desde las terrazas de los edificios más altos de Buenos Aires para que sus sentidos se estimulen durante los pocos segundos que cada caída le ofrece.

Su historia me fue referida por uno de los pocos amigos que tuvo Ragendolfer.

Lamentablemente, también conocieron la historia otras personas que la divulgaron con algunas incorrecciones y la mutaron hasta convertirla en leyenda urbana. Ahora no faltan los programas de televisión que investigan si Ragendolfer existe o es un mito.
Tampoco faltan los que aseguran haber presenciado uno de sus saltos desde los techos de alguna prestigiosa pizzería.

Informe publicado por Casimiro Lafuente en el libro "Mitos porteños de poca monta", editado por el Centro de Ingenieros Tartamudos de la República Argentina. 1985

* * *

...a finales del siglo XX, pocos años atrás, se dio en tierras norteamericanas un fenómeno literario relacionado con Argentina que pasó desapercibido ante muchas mentes ilustres del momento y que guarda llamativas singularidades.
El autor del libro era un Rosarino emigrado llamado Ígor Ragendolfer, de quien se conocen escasos datos biográficos, que entró a territorio norteamericano de manera ilegal, con un ingenioso disfraz de lente de contacto, y pronto se relacionó con un editor de Texas, Mr. Bruto, que creía que Argentina era una provincia de Río de Janeiro.
Ragendolfer dejó en claro sus propósitos en una misiva a un cuñado:
"como no tengo posibilidades de conseguir otro trabajo que no sea lustrando monumentos con un cepillo de dientes, tarea exclusiva de inmigrantes ilegales, intentaré ganar dinero inventando una historia fantástica sobre Sudamérica. El público promedio norteamericano tiene tantos conocimientos de geografía como de tauromaquia. Me aprovecharé de esa ignorancia, y de su morbo por lo extraño, y prepararé una serie de relatos que podrán venderse en los minishops.
A propósito, si tienes un poco de dinero envíamelo ya que hace dos meses que mi única comida es arroz hervido".

Extrañamente, el libro mencionado tuvo un éxito inusual. El público norteamericano, exceptuando a una minoría aficionada al cultivo del intelecto, no se interesaba por libros, y mucho menos por libros extranjeros. Una inteligente maniobra de marketing, venderlo en una cadena de fast food, permitió que se vendieran varias ediciones.

El prefacio de la obra, editada ilegalmente por el Texano Bruto, explicaba que "las tierras de Sudamérica guardan, aún hoy, notorias anécdotas que el hombre civilizado debe conocer" y predisponía al lector a adentrarse en fantásticos relatos de salvajes.
El autor, en otra carta a su oscuro cuñado, comentó que "el libro está teniendo un éxito inexplicable y se vende en una cadena de hamburguesas. Los medios no lo nombran, ninguna crítica literaria lo recomienda, pero el boca a boca está funcionando de maravillas. Te envío unos dólares y te agradezco el dinero que me enviaras. Ahora además de arroz estoy alimentándome a base de hamburguesas y comienzo a ganar los kilos perdidos".

¿Qué era lo que contenía ese libro que tanto interés despertaba?

En el primer capítulo Ragendolfer explicaba los hechos cotidianos que podían observarse en Sudamérica, más específicamente en Buenos Aires:
"Las calles de Buenos Aires –Escribió— no están pavimentadas y son de tierra apisonada. El gobierno llena los baches con huesos de animales y es normal que algunos ciudadanos fallezcan al caer dentro de los baches mas profundos".
Contaba también que "los semáforos de Buenos Aires tienen tres luces azules y los ciudadanos los reverencian como a dioses. Es común ver a destacados miembros de la sociedad porteña, en sus atuendos típicos de semidesnudez, colocando coronas de flores sobre los semáforos mientras recitan crípticas oraciones y les ruegan favores. El medio de transporte por excelencia son unos animales cuaternarios, reptiles

sobrealimentados, sobre los que se montan los ciudadanos aferrándose entre si para no caer y romperse la crisma.
Los alimentos y los artículos diarios se consiguen en las esquinas, donde vendedores vociferan productos contenidos en unas mugrientas canastas pobladas de insectos.
El dinero sólo se utiliza entre las clases pudientes –unos 800 individuos en todo el territorio conocidos como `ciudadanos importantes´— y el régimen imperante es una especie de socialismo en donde casi todos son indigentes. Las clases dominantes marcan con orgullo que `la igualdad impera en estas tierras´.”.
El segundo capítulo explica detalles sobre las costumbres sociales de Buenos Aires. Detallaba, por ejemplo, que “el saludo usual entre personas educadas es un movimiento de brazos que guarda cierta semejanza con el aleteo de un ave con difteria.
Durante las reuniones sociales está mal visto hablar. Todos se comunican por gestos y la única voz la emite un gigante cubo ubicado en un pedestal. El cubo es un televisor, pero en Buenos Aires no se conoce esa palabra; por eso la denominación `Cubo´.
En las comidas todos los comensales se sientan sobre almohadones y aplauden durante cinco minutos. Es una costumbre que nadie podría explicar, pero que ninguno se cuestiona. Las comidas consisten en distintos guisados de roedores, tubérculos y algunas piedras que, creen, traen buenos augurios.
La amistad entre personas no existe. Se considera a la amistad como un camino a la desilusión y es debidamente evitada.
El matrimonio es un simple intercambio de conveniencias entre familias y las mujeres mayores deciden el destino de sus hijas a cambio de chocolates, un bien tan preciado como escaso.”.

Este capítulo fue uno de los mas comentados entre los lectores que se asombraban al tener noticias de un país en donde no existía la hamburguesa ni las papas fritas, y sólo una ínfima porción de la población conocía algo acerca del *american way of life*.

El rol del Estado estaba explicado en el capítulo seis.
“El estado Argentino –relataba Ragendolfer—, asume su rol de guardián del socialismo igualitario. Nadie tiene derecho a renegar de su condición social. El estado obliga a los ciudadanos a mantenerse en el estado de indigencia en pos de la mayor igualdad social posible, excepto los llamados `ciudadanos importantes´ en quienes se fomenta el incremento patrimonial.
Las manifestaciones de protesta se permiten solo dentro de un estadio ubicado a 30 kilómetros de la ciudad, ya que los gobernantes prefieren el orden y cualquier manifestación complicaría el tránsito y afearía las calles céntricas con la presencia de indigentes. Toda manifestación que no respeta ese ámbito es duramente reprimida con el auxilio de las fuerzas del orden.
La salud pública que ofrece el Estado tiene un consultorio cada sesenta mil habitantes. El estado provee a los consultorios de aspirinas, un escritorio, una silla y una camilla. Todo gasto extra es considerado superfluo y debe ser costeado por el paciente.
En conjunto con el Estado, dos laboratorios multinacionales tienen el monopolio de la

fabricación de medicamentos. Y algunos bancos ofrecen créditos a los pacientes que no pudieran pagar una caja de antibióticos. Generalmente todas las pertenencias de los pacientes terminan en manos de los bancos, que son a la vez dueños de los laboratorios.
La educación estatal no existe porque es considerada un gasto inútil, ya que los indigentes, por más que estudien, seguirán siendo indigentes y nada se soluciona educándolos.
Igualmente, la seguridad no insume demasiados recursos ya que entre indigentes mucho no pueden robarse. Sólo dos barrios acomodados de la ciudad poseen comisarías.
El Estado atiende también a las necesidades de vivienda de la población importando de países de África distintos vehículos destinados a la chatarra. Los gobernantes asumen que la población `entre vivir en una choza de basura o vivir en un automóvil viejo y oxidado bien puede elegir esta última opción que ofrece mejores comodidades´.”.

El capítulo ocho del libro ahonda en las costumbres religiosas de los habitantes de Buenos Aires:
“Si bien existe diversidad de cultos la religión mas extendida es un culto pagano que tiene su base en una sola explicación universal: porque sí. Todos los sucesos del mundo ocurren porque sí, porque así lo determina la divinidad. Entonces los fieles se resignan a lo que sucede cotidianamente con pasmosa tranquilidad. Nada podrían hacer porque los designios de la divinidad son incuestionables. Los líderes de esa religión son mantenidos desde el Estado y poseen templos en los mejores lugares de la ciudad. Gozan de excepciones impositivas y de salarios. Su trabajo consiste en la celebración de oficios en los que predican la filosofía central: nada puede hacerse para cambiar algo de la realidad, porque sí.”

Extraño fue que el libro, a pesar de su notoriedad en el país norteño, no llegara a la Argentina y causara un revuelo. Los centros culturales del país vigía de la democracia mundial estaban en esos días muy ocupados adulando o despreciando al presidente. Y el fenómeno editorial se dio dentro de un circuito ajeno al mercado tradicional, sin publicidad masiva, y eso ayudó a que pasara desapercibido, casi como una moda. Una moda que no duró mucho tiempo. Terminó cuando el público orientó su interés a la próxima invasión militar que planificaba el gobierno del norte. No obstante, su autor, Ragendolfer, pudo reunir suficientes dólares como para instalar una constructora de pirámides en Kingston, Jamaica, donde residiría actualmente.

“Ilustres desconocidos ni siquiera recordados” - Columna del Buenos Aires Herald publicada en 2002, firmada con el seudónimo “Amigo Amor”.

* * *

La batalla (o relato de la última escena de una película Hollywoodense)

Campo de batalla. Dos ejércitos están a punto de enfrentarse en el combate final. Podemos suponer que es en una época antigua porque los hombres están armados con espadas, escudos, hachas, garrotes y unas esferas metálicas que cuelgan de la punta de una cadena...
Los hombres de las primeras líneas se miran fijamente en la corta distancia que los desune, provocándose para el combate.

Los hombres de la retaguardia muestran un marcado aburrimiento y entre la tropa puede verse a soldados entretenidos con baleros, yoyos y otros divertimentos porque los ejércitos están frente a frente, mirándose y listos para el combate, desde hace cuatro días y ninguno de esos imbéciles se decide a dar el primer golpe que comience la batalla.
El batallón de arqueros de uno de los bandos está durmiendo en un bosquecito cercano a escasos metros del campo de batalla que es dominado por un radiante sol culpable, entre otras cosas, de que los hombres enfrentados emitan un particular aroma.
El director intenta darnos una idea del carácter de los ejércitos que se enfrentan y cree necesario dotar a cada bando con una estética determinada. Es así como observamos a un grupo que exhibe entre sus filas a hombres de aspecto malvado, con barbas sucias de restos de papas fritas y cascos con cuernos. Visten ropas Armani y hablan de liberalismo económico.
El mismo director, para mostrarnos que esos salvajes no se bañan, los embetunó con petróleo para que parezcan sucios.
Igualmente, no era necesario el betún.
Por la estética, el espectador supone que éstos son los malos. Y si en una película Hollywoodense hay malos, entonces debe haber bando bueno.
Los buenos son todos adolescentes crecidos, a los que la compañía cinematográfica deseaba lanzar al estrellato con ésta película, pero la manera en que encarnan a los rudos soldados no es creíble. Ningún rudo soldado de ningún ejército arenga a sus compañeros con esa voz aguda que se parece a un silbato desafinado.
Los “buenos” parecen ser romanos, del imperio. Nadie explica porqué el guionista los hace hablar en inglés. Los romanos no hablaban inglés.
Cuando el muchachito, el héroe, que es el protagonista principal gracias a que su madre es la amante del gerente del estudio, intenta alguna frase en latín parece que estuviera tratando de pronunciar algo justo después de haber tomado un trago de esmalte sintético para metales oxidados.
Súbitamente la batalla comienza. Sucede que un soldado, harto de esperar que comience, decide retirarse hasta el baño. Muchos lo intentan seguir, pero descubren que hay sólo tres sanitarios para los más de 5000 extras.
Comienza la matanza.
Sobre los combatientes se ven pasar flechas, piedras, un dinosaurio inflable y dos vacas.
Los arqueros que dormían en el bosquecito cercano aún duermen, cuando el jefe de

escenografía los despierta de un baldazo de agua fría para que sigan la escena.

Desorden momentáneo.

En el medio de los cadáveres (que aún gritan cuando dos combatientes cercanos les pisan las manos) se ve el duro combate entre el jefe de los malos con el amigo del héroe de la película.
El malvado combate vestido de mimo. El guionista también olvidó que en el imperio romano los mimos no existían.
Un nuevo desorden de los arqueros, que aún no se acomodan en el lugar que les reserva la escena, distrae a la cámara.
El mimo (que es malvado como todos los mimos) asesina al amigo del héroe de la película.
Era de esperar que lo mataran, porque actuaba muy mal.
El héroe ve esa escena y pone la cara de espanto que le permiten sus condiciones actorales dejando notar que éste tampoco es actor de conservatorio. Intenta correr para vengar a su amigo, que yace en el suelo con un televisor clavado en el pecho, pero dos hombres disputándose un poster de Elton John le cierran el paso, dando lugar a una nueva escena de severa confusión y permitiendo al malvado escapar por un túnel que tuvo la precaución de llevar consigo.
El héroe logra llegar junto al cadáver de su amigo, mira el cielo y grita “Me tenías que llevar a mí, ¡no a él!”. Ningún espectador sabrá que esa muerte no figuraba en el libro, pero un soborno de último momento obligó al guionista.

Lo que no se llega a comprender del todo es la escena siguiente, que muestra un instante del siglo XXI, en donde un anciano de traje gris y gruesas gafas negras cuenta como una vez se olvidó el cepillo de dientes en el bar que frecuentaba y al querer recuperarlo fue salvajemente golpeado por un marinero Sudanés en estado de ebriedad, mientras el iluminador cruza caminando frente a cámara.
Luego la escena vuelve al campo de batalla.
Vemos al héroe de pié, transpirado, agitado y ensangrentado, mirando a su alrededor el tendal de cadáveres. Él solo los mató a todos. A los enemigos. Luego siguió con los amigos. Y así los mató a todos.
Última toma panorámica. La cámara se aleja suavemente. Luego enfoca al cielo porque el camarógrafo tropezó.
Y aparece la palabra que todos esperaban:
FIN.

Artículo publicado en la sección espectáculos del periódico “La voz de Villa Teniente General Gerónimo Sofovich”, firmado por Ígor Ragendolfer. 1989.

* * *

No era común ver el hospital tan transitado un fin de semana. En la entrada principal un cartel, engalanado, advertía la realización del congreso de cirugía. Y en letras de marquesina declaraba la atracción principal: Operación en vivo del Doctor Ígor Ragendolfer.
La sala de reuniones, ateneos y cumpleaños del hospital rebosaba de especialistas en medicina de toda índole. Se revolvían en sus lugares esperando la atracción mayor del congreso.
Ragendolfer había iniciado su carrera de cirujano de manera accidental, y luego de una corta estadía en la Patagonia se consagró operando del apéndice a un presidente europeo protestante y abogado.
En sus visitas al país solía ser abordado por muchos colegas que lo llenaban de consultas acerca de metodologías modernas de cirugía y consejos para conseguir un crédito hipotecario.
El decano de la Facultad de Medicina solía invitarlo a dar conferencias a los estudiantes de la facultad y siempre eran rebasadas las instalaciones universitarias ante la masiva concurrencia.

Ese sábado, entonces, no era una excepción. El público de la sala miraba con impaciencia el quirófano preparado para la operación en vivo mientras en el atrio un psicólogo contaba su experiencia con colectiveros con brotes psicóticos.
En los pasillos del ateneo los vendedores vociferaban con la mera efigie de Ragendolfer estampada en diversos colores.
Era una fiesta de la medicina nacional.
Cuando el psicólogo aburrió lo suficiente al lamentable público comenzaron los abucheos. El orador hizo un corte de manga, típico de los italianos y de los especialistas en salud mental, y se retiró tirando culpas de todo al gobierno y a los piqueteros. Como entre el público no había ninguno de ambos, ni gobierno ni piqueteros, nadie comprendió nada y aplaudieron el retiro.
El próximo orador era el decano de la facultad que disertaría acerca de cómo conoció a su señora esposa en una *boîte* de esta capital, anécdota muy festejada en los círculos académicos.
Desde los asientos del fondo del foro se adivinaba un grupo de estudiantes que pedía al orador detalles incontables. Los profesionales de las primeras filas protestaron pidiendo mesura, pero el orador accedió y la multitud festejó con sonoras carcajadas.
Al concluir el discurso del orador la emoción flotaba en el ambiente como un hippie después de una dosis de hipnoansiolíticos. Fue aplaudido de pie y, emocionado, se inclinó cortésmente, agradeciendo, mientras con su pañuelo bordado enjugaba una lágrima de emoción para luego hacer mutis por una puerta lateral.
La concurrencia, elite académica de la nación, demostraba su nerviosismo con alguna carraspera, ejems varios y los más atrevidos con taconeos de mocasín.
Como estaba prohibido fumar, muchos comían cigarrillos para calmar la ansiedad de la espera.
En el atrio, centro de la escena, terminaba de acomodarse el quirófano dentro de una burbuja de vidrio adaptada para la ocasión. A ambos lados de la escena brillaban dos pantallas gigantes.

Las luces comenzaron a decrecer su intensidad. Un grupo de enfermeras apareció en escena empujando la camilla que contenía al paciente ya dormido. El público mostraba su expectativa moviéndose nerviosamente y con murmullos.
Las luces del ateneo ya estaban desvanecidas y los reflectores del quirófano encandilaban a los asistentes de las primeras filas.
Hicieron aparición los instrumentistas, el anestesista y un hombre calvo portando un escobillón.
El público, inmóvil, mordía sus codos. Desde el grupo de estudiantes salió un silbido.
De pronto, se abrió una puerta lateral. Vestido con un delantal blanco, un monóculo y su conocidísima chistera blanca, aparecía él: el Doctor Ígor Ragendolfer.
Desde el público un conocido endocrinólogo gritó:
—¡¡¡Aguante Ragendolfer conchasumadre!!!
Fue la chispa necesaria. El auditorio completo se levantó y comenzaron a gritar cánticos.
Muchos colegas del cirujano saltaban sobre los asientos y revoleaban sus sacos y guardapolvos. Ragendolfer hizo una respetuosa reverencia al auditorio que coreaba:

—Olé, olé olá
cada día te quiero má
ooooooh Ragendolfer
e` un sentimieeento
que no puedopará.

La operación comenzó en el acto. Ragendolfer recibió el bisturí y lo elevó hacia el público, que respondió con un aullido rupestre:

—Olé, olé, olé
Ígoooor, Ígoooor...

Ragendolfer miró el abdomen del paciente y realizó la incisión con seguridad. Una enfermera lo asistía con gasas para limpiar la zona.
En la primera fila del auditorio se veía al conocido cardiólogo Arístides Venaccio con el torso desnudo, parado sobre su asiento y agitando su camisa por sobre su cabeza, haciéndole gestos a las pantallas gigantes que mostraban en detalle las manos del cirujano en acción.
Mientras tanto Ígor sujetaba el apéndice con unas pinzas.
Aunque la dirección del hospital había advertido expresamente la prohibición, entre el público se encontraban dos bombos que sonaban rítmicamente con los coros del público.
El neurocirujano Cástulo Amenábar gritaba extasiado mientras se deslizaba por sobre las cabezas de sus colegas que lo pasaban con las manos en alto de un extremo al otro del auditorio.
Una enfermera secó el sudor de Ígor con una gasa, salió del ámbito vidriado del quirófano y tiró el trozo de tela al público. Se provocó una avalancha con graves consecuencias para el octogenario gastroenterólogo Melquíades Ripistri que saltó

sobre varias cabezas para atrapar en el aire el objeto pero cayó sobre el respaldo de una butaca, sufriendo una fractura expuesta.
Ragendolfer extraía el apéndice inflamado y lo elevaba por sobre su hombro en dirección al auditorio. Una lluvia de papelitos festejó. Todos rugían:

—ooooooohhh
Ígor Ragendóooo
Ragendóooo, Ragendóooo
Ígor Ragendóooooo.

El personal de seguridad del nosocomio se abalanzó sobre el señor vicerrector de la universidad que intentaba encender una bengala. Al grito de “canten, putos” fue arrastrado fuera del lugar por los guardias.
En el quirófano Ragendolfer enhebraba una aguja con hilo quirúrgico. Una enfermera volvía a secar su sudor pero esta vez depositaba el trozo de gasa en el cesto correspondiente dando lugar a una lluvia de insultos del público. Desde la primera fila se divisó claramente cómo el quinesiólogo Amancio Della Penna arrojó violentamente su mocasín derecho sobre los cristales del quirófano en el justo sector donde se ubicaba la enfermera.

— ¡Daaaale puta!
— ¡Tiralo para acá, conchuda!
— ¡Forra hija de puta!
— ¡Andálaconchatumadre, ortiba!

Antes de dar la primera puntada de sutura, Ragendolfer miró al público y mostró la aguja con el brazo en alto. La locura se apoderaba nuevamente del auditorio que con las manos en alto hacían gestos incomprensibles. Los gritos coreaban uniformemente:

—Vamo` compañero`
hay que poner un poco ma` de huevo`
hoy todo` lo` dotore` cantaremo`
lo banco a Ragendolfer, yo lo quiero
compañero`

Las cámaras retransmitieron la destreza de Ígor en la sutura. Seis puntos que dejaban patitiesos de admiración a los asistentes. Finalmente, una aplicación de yodo con un pincel de cerdas finas para la asepsia de la herida.
El doctor Ragendolfer se sacó el barbijo y sonrió a los asistentes. Luego se acercó al borde del escenario y alzó sus brazos. El público se abalanzó violentamente sobre las primeras filas. Saltos, mas gritos; escenas de fanatismo en el auditorio...
El cirujano saludó finalmente con un movimiento de su cabeza y se retiró hacia la puerta lateral mientras el ateneo coreaba:

—U na ma`

y nojo demo` ma`
u na ma`
y nojo demo ma`...

Las luces del quirófano se apagaron mientras la iluminación del auditorio hacía lo contrario.

Crónica publicada en el “Pasquín intrahospitalario” publicado por la agrupación anarquista Norita Pichimahuida. Año y editorial desconocidos.

* * *

...aunque me parecía demasiado fantasioso andar creyendo en superhéroes había leído las noticias de los diarios con un inusual interés. Creo que desde mi niñez aún tenía la deuda pendiente del superhéroe favorito.
Las primeras planas venían hablando de un extraño fenómeno. Los testigos declaraban acerca de un hombre que llegaba volando, vestía raro y, al parecer, tenía la facultad de poder transformarse en lo que se le ocurriera.
Las noticias amarillas especulaban con un extraterrestre. Otros hablaban de algún experimento nuclear de la CIA. Y no faltaban los apocalípticos que veían en ese fenómeno la inminente llegada del fin del mundo.
Sus apariciones eran en las más diversas barriadas. Había evitado un atraco al Incautatuion Bank of Anywhere de Burzaco transformándose en granada de humo, permitiendo que la policía atrapara a los malvivientes casi ahogados.
En Vicente López evitó el secuestro de un importante estafador público transformándose en una porción de queso y dulce. Las noticias no explicaron cómo una porción de queso y dulce logró imponer justicia, pero testigos confirmaron las versiones.
Siempre desaparecía antes de la llegada de los agentes de la ley.

Yo no llegaba a creer del todo las historias, pero la curiosidad me hacía fantasear. ¿Un superhéroe real? Sonaba extraño. Tal vez estuviéramos ante el fin de la delincuencia en estas tierras. Pero eso era demasiado bueno como para creerlo real.

Mi escepticismo se quebró una tarde de Mayo en un descampado de la zona de Munro. Estaba cumpliendo con mi trabajo cuando tres muchachones con aspecto intimidante me rodearon sin que pudiera hacer nada al respecto. Los tres cacos blandían armas de mano. Mi suerte, aparentemente, estaba echada.
Entonces fue cuando se escuchó ese zumbido sobre nuestras cabezas y seguidamente puso pies en tierra un hombre. Vestía una especie de traje de hombre rana de color amarillo. Una máscara le cubría el rostro, dejando ver apenas una nariz desproporcionada. Usaba una capa, que bien vista era una bolsa de arpillera puesta a modo de capa.
Era el superhéroe.
Miró a los maleantes de manera amenazadora y ahí pude notar que en su pecho tenía una inscripción: *Súper Ragendolfer – Espacio de publicidad – TE:43-2164*.
Los ladrones empuñaron las armas y estaban por disparar. Yo intenté moverme, ponerme a cubierto, pero no quería perder detalle del accionar del superhéroe. Quería ver como se transformaba y hacía justicia.
El superhéroe hizo un movimiento rápido. Luego vi una luz como la de los flashes de las máquinas de fotos. Y por último vi cómo se transformaba en un termómetro y caía sobre el asfalto haciendo un sonido en fa sostenido.

Los ladrones me robaron todo.
Incluso las uñas de los pies.
En la comisaría me tomaron la denuncia, pero no hice ninguna mención al superhéroe.

Luego de aquel día los diarios no volvieron a informar de ninguna otra aparición de ese fenómeno justiciero. Especularon con que se había ido a vivir a otro país.
De vez en cuando, todavía, abro la cajita de madera en donde guardo aquel termómetro que levanté del asfalto en la escena del crimen y lo observo un rato para ver si alguna vez da alguna señal de vida.

Fragmento del libro "Mis aventuras en el reparto de mortadelas" de Desiderio Garbanzano Fuarte. Ed. Herederos de Fabio Zerpa. 1969

* * *

Sucedió, digamos, en una esquina de aquella Buenos Aires de los años sesenta. Las primeras expendedoras automáticas nacían para satisfacer al paseante con algunas golosinas y se ubicaban en el frente de algunos comercios.
Y justo en un comercio situado en una esquina sucedió lo que se detalla renglones más abajo y que el lector conocerá si tiene la paciencia de leer.
El hombre era un porteño promedio. Un tanto gordito. Cabello castaño escondido bajo su chistera. Prominente y llamativo bigote. Lucía un traje de estopa violeta, muy a moda en esa temporada, junto con una corbata con la cara del general. Nadie le daría cuarenta años, pero aparentaba treinta y cinco aunque declarara treintidos y en el documento figuraba que medía un metro sesenta.
Su nombre podría ser un nombre cualquiera, como por ejemplo Ígor Ragendolfer.
Caminaba tarareando una zarzuela y con su bastón golpeaba las rejas de las ventanas.
De la máquina expendedora no se conocen detalles dignos de mención.
El hombre la vio al encontrarse en la esquina y tuvo un gesto de sorpresa.
En su bolsillo descansaban unas monedas, un botón de su capa y un boleto de la línea de colectivos 784.
Al caminar hacia la máquina un cartel apareció ante sus ojos, ubicado en una pantalla que antes lucía un color oscuro.
Las letras verde amarillas anunciaban:

Esto no es para usted.

El hombre hizo caso omiso del cartel, insertó una moneda de cincuenta centavos y presionó el botón que dice “caramelos de menta”. Por la ranura de expendio apareció un pasaporte visado en Turquía.
El hombre lo tomó, lo revisó extrañado y al cabo de un instante introdujo otra moneda mientras el cartel comenzó a parpadear la misma inscripción:

Esto no es para usted.

Observó detenidamente las opciones y presionó el botón que dice “helado de limón”.
La expendedora le entregó una pelota de rugby.
Otro instante de confusión se adivinó en el sujeto. Tomó la pelota de rugby, la guardó en su chistera y buscó en sus bolsillos otra moneda mientras la pantalla de la máquina mostraba unas letras multicolores, que se movían al ritmo de un conocido *fox* avisando:

Esto no es para usted.

El hombre se calzó su monóculo y revisó las opciones disponibles desde una corta distancia. Su dedo índice presionó un nuevo botón que en su inscripción anunciaba medio kilo de cebollas.
La máquina hizo un ruido monótono y expendió un oso de peluche.
Al cabo de un rato podía verse en esa expendedora, frente a ella, a un hombre a cuyo lado descansaban: un pasaporte visado en Turquía, una pelota de rugby, un oso de

peluche, una tabla de surf, una jirafa disecada, una entrada gratis a un show de canibalismo, un acordeón, un lavarropas, un perchero de carey, un contador geiger, un traje de astronauta y un libro de poesías del ministro de economía.
Mientras tanto la máquina expendedora agitaba banderas, lanzaba al aire fuegos de artificio, obligaba a danzar a un grupo de coristas con catarro y generaba un sonido similar al de una murga, mientras la pantalla declaraba ya en letras tridimensionales:

Esto no es para usted

El hombre hurgó en sus bolsillos delatando el definitivo quiebre en sus reservas de monedas.
Leyó nuevamente la inscripción. Hizo un gesto de fastidio y sentenció:
—Caramba. Parece que esto no es para mí.
Se alejó rumbo a una agencia de viajes con la idea de un tour por la Antártida para enseñarles ajedrez a los pingüinos.

Relato escrito sobre un grano de arroz por Anastasio de los Reyes del Corzo, interno del penal de máxima seguridad de los monjes recoletos, en Agosto de 1971. Museo Nacional de Objetos Perdidos.

* * *

Si. Yo en ese entonces trabajaba en el puesto de diarios que estaba en la esquina de la casa de Eduviges Ganzal. Claro que en esos días nadie hubiera creído que esa mujercita menuda, sin demasiado atractivo, sinceramente, se convertiría en una mega estrella del cine internacional.
A mi me compraba, de tanto en tanto, algún ejemplar de la revista “Geotermia hoy” o alguna novela en entregas del ministerio del interior.
Su vida en el barrio era lo suficientemente anodina como para llamar la atención. Especialmente la atención de las víboras que se juntaban al mediodía en la puerta de la panadería de Eulogio Lamonar. Era un grupito de señoras frustradas, de esas que abundan en todos los barrios, cuya única actividad física era el ejercicio de la palabra malintencionada.
Eduviges nunca fue tema de conversación para esas brujas.
A excepción de un breve período de los años ochenta. Creo que todavía eran los ochenta porque el colectivo salía setenta centavos.
Un muchachón de un barrio cercano quería atraer la atención de Eduviges. Vio usted que el amor nos transforma en idiotas. En el caso de este muchacho esa transformación se verificaba en su cara.
Días enteros caminaba las veredas de la zona para concretar un encuentro casual que no se daba. La única vez que se dio esa casualidad forzada fue lamentable. Él quiso hablarle, pero no le salieron palabras. Podría uno suponer que estaba ciertamente enamorado, porque sólo en ese estado pueden suceder esas cosas. Eduviges le dio una moneda de caridad y siguió su camino.
Luego intentó algunas finezas, como el envío de ramos de rosas, claveles y jazmines: Eduviges terminó enamorándose del mensajero de la florería, pero la relación no prosperó mas allá de un par de salidas.
Mire si sería pavo este muchacho, tiempo después sabría que se llamaba Ígor Ragendolfer por medio del quiosquero de la otra cuadra, que resuelto a jugar su mejor carta contrató a una orquesta ambulante para darle una serenata a Eduviges. Los preparativos fueron difíciles, porque Ígor contrató a dos pianistas y mover dos pianos se sabe que no es tarea simple.
Lo mejor del caso era que la mujer festejada vivía en el piso décimo, así que esa noche Ígor se ganó el odio de los vecinos más cercanos a la calle. También se ganó dos baldazos de agua y algunas bolsas de basura de copropietarios insensibles.
El mojado orgullo del muchacho no se amilanó.
Comenzó a dejar escritos sobre el asfalto románticos mensajes destinados a la muchacha. Con tanta concentración y atención escribía que cierta noche no escuchó, siquiera, el colectivo que venía a toda velocidad.

La ambulancia tardó en llegar, pero lo suficiente como para que Eduviges se asomara a su balcón para ver de dónde salía ese batifondo. Fue la única vez que lo vio, que notó su existencia.
A los pocos días fue descubierta por ese director de cine y en un semestre ya estaba en los cines “El sendero de las burguesas agrias”, película que la llevara al éxito.

Testimonio extraído del libro “Vida y obra de una diva estúpida”. Volumen editado

por la revista Jetas en Octubre de 1996.

* * *

...por esos días, cercanos a 1939, me trasladaron al penal de dudosa seguridad de Barrio Norte.
Mi abogado había convencido al juez, por medio de un soborno consistente en dos jamones crudos y una horma de queso de campo, de que mi detención en un penal común era injusta, ya que poseía parientes que habían negociado con el estado nacional durante la última década y que el número de estafas al erario público de mi linaje me permitía disfrutar del beneficio de un penal selecto.
Es cierto que seguía siendo una cárcel, pero en ella estaban detenidos todos los ciudadanos de bien que habían cometido *gaffes* en su desempeño cívico sin tener la precaución de sobornar a los funcionarios correspondientes.

A mí me alojaron en el pabellón Roca-Runciman.

Las dos primeras diferencias entre un penal común y este penal eran la comida y los jacuzzis instalados en la sala de estar. Eran un poco incómodos, claro, porque un jacuzzi instalado junto a una ruleta y a una mesa de punto y banca no supone demasiado relax cuando el cacareo de los apostadores era constante, pero el guardia nos recordaba nuestra condición de reos ante cualquier reclamo.
El whisky era nacional, pero se podía soportar.
Teníamos también otras comodidades. La biblioteca del penal era un claustro tan fantástico como poco visitado. El servicio de trabajo, un invento del gobierno de Justo que permitía a los internos dejar el penal para trabajar, había sido cerrado por su inactividad, recuérdese que todos los internos eran de extracción social elitista, y en su lugar había sido instalado un cómodo burdel atendido por damas francesas que habían fracasado en su intento de ser coristas.
El campo de deportes había sido clausurado recientemente con la intención de transformarlo en hipódromo.

La vida en el penal, entonces, era lo suficientemente tranquila como para olvidar la falta de libertad.

Dentro de los códigos no escritos que se manejaban había una regla que se cumplía estrictamente: nadie, jamás, preguntaba los motivos que habían llevado a que una persona estuviera alojada en ese lugar.
De esa manera pude enterarme de que Anastasio Perduomo había sido condenado por ahorcar a su esposa, una filósofa enajenada que sostenía que Kant la llamaba por teléfono periódicamente.
El Doctor Cafferata había llegado ahí luego de robarle el reloj al presidente de Estados Unidos, mientras cumplía sus tareas de embajador.
También pude conocer al famoso Gunter Schwartz Klauff, quien fuera gobernador de una provincia patagónica e intentara venderla al imperio británico. Su intento naufragó, se cree, porque el gobierno desconfiaba de su origen Alemán.
La lista podría extenderse considerablemente, incluso hasta encontrar nombres que años mas tarde ocuparían altísimos cargos en la administración nacional, pero hubo un hombre de quien jamás pude saber el motivo de su detención y cuyo recuerdo me

trae una triste anécdota que se vivió en el penal hacia mediados de 1942.
El hombre era del interior, de la provincia de Chaco si mal no recuerdo, y tenía la contextura de los hombres criados en el campo. Alto, un metro noventa, y flaco como un bolígrafo vacío.
De su rostro sobresalía un rubio bigote de forma extraña.
Cuando llegué al penal, al menos los primeros meses, no supe de su existencia. Pasaba mucho tiempo en su celda o en la biblioteca y no hablaba más que lo necesario. Los guardias muchas veces lo invitaban a reunirse con el resto de los internos o a participar en las inolvidables tertulias del burdel pero siempre se chocaban con la negativa.
Un tipo raro.
Cierto día se lo vio pasar por la sala de estar rumbo a la estafeta postal con un sobre en la mano. Ruperto de Alvear, integrante en desgracia de la famosa familia, me comentó que se llamaba Ígor Ragendolfer. Ruperto de Alvear sabía su nombre porque otro prisionero, que había salido en libertad días después de la llegada de Ragendolfer, lo conocía. Parece que este hombre, si mi memoria es buena su nombre era Néstor Paul, era enemigo de Ragendolfer y agradecía que su condena terminara justo en ese momento.
Néstor Paul estaba detenido por un asunto de polleras: había salido a la calle vistiendo unas faldas que su madre Emilse, una señora desequilibrada militante de los camisas negras, le había obligado a vestir. Y los pocos días que convivió en prisión con Ragendolfer los hizo escondiéndose para evitar cualquier encuentro.
Sólo ese dato había podido recoger Ruperto de Alvear ya que su charla con Néstor Paul se interrumpió bruscamente después que éste le realizara una proposición desubicada.
Comenzamos a acostumbrarnos a la imagen de Ragendolfer pasando por la sala con un sobre en la mano o con la correspondencia que recibía. Fue en una de esas apariciones cuando Ruperto de Alvear le hizo el desafío que cambiaría su condición:
—Oiga, compadre. ¿Sabe jugar al póker?
—No—la seca respuesta hizo que muchos conocieran la inédita voz.
— ¿Y no se anima a aprender? Necesitamos a uno más para poder jugar un póquer de cuatro. Todos estos pelandrunes— Alvear señaló hacia el sector de juegos— mucha ruleta, mucho punto y banca pero ninguno sabe jugar al póquer.
—Está bien— sentándose—, explíqueme las reglas.
Así de fácil fue como logró Alvear tratar con el hombre misterioso. Pero fue un trato estrictamente de juegos. Ragendolfer eludía con inteligentes silencios y desplantes cualquier pregunta personal.
Dos semanas fueron suficientes para que Ígor dominara a la perfección las reglas del juego y se transformara en un hábil jugador que desplumaba a sus adversarios.
Alvear, en varias oportunidades, tuvo que recurrir a la sucursal bancaria de la prisión para continuar un juego.
Nunca se sabe cuando una moda acaparará la atención general, y en el penal ocurrió que el póquer, un juego bastante ninguneado por los internos, logró rápidamente una llamativa notoriedad.
El mismo jefe de la guardia, un tal Edelmiro Ratuña, solía trenzarse en apasionadas

partidas. Asombro causó que ese primate de más de dos metros de estatura, en cuyo prontuario figuraba el asesinato de un caballo de una trompada, hiciera sociales con los internos. Pero nadie se animaba a contradecir a un jefe de guardia de la unidad penal al que había que mirarle el rostro juntando la nuca y los omóplatos.
El resto de los guardias participaba esporádicamente ya que sus salarios apenas les permitían el costo de una partida.
El director del penal, Nemesio Archivaldo Moustard, también se sumó a la fiebre del póquer.
Era un hombre de visible rudeza. Pelo negrísimo y bigote frondoso que se perdía entre la voluminosidad de sus hombros que delataban, por su contextura, un pasado en la carga y descarga portuaria.
No voy a aburrir con los detalles de la popularización del juego dentro del penal para no alejarme del incidente que me preocupa relatar.
Una tarde, entre fernet y granadinas, se realizaba una apasionante partida entre varios internos entre los que estaba Ígor Ragendolfer. Este hombre, otrora desconocido, había ganado notoriedad debido a sus continuos triunfos en el juego que había aprendido gracias a Alvear.
Diariamente depositaba sus ganancias en la sucursal bancaria del penal en una cuenta que había crecido exponencialmente. Todos envidiaban su suerte.
Pero esa tarde, decía, sucedió lo que cambiaría el destino.
La partida estaba en su apogeo. El monto de las apuestas trepaba con velocidad rauda.
En la mesa estaban sentados: Ratuña (el jefe de la guardia), Moustard (el director del penal), Alvear (oligarca local), Ferdinando Mateo Samara (famoso contrabandista de fósforos), yo (sin oficio conocido), Ragendolfer y Sir Graham Archivald Roderick Panzalonne (británico y liberal).
Montículos de fichas comenzaban a crecer en torno a Ígor a medida que pasaban las partidas.
El silencio se cortaba con estilete. Ratuña apestaba el ambiente con un cigarro de orégano.
Samara sudaba como un beduino ebrio. Yo calmaba la ansiedad comiendo maníes.
Al cambiar la mano un error dejó al descubierto la verdad. Ragendolfer se disponía a repartir la baraja y en un movimiento rápido salieron de su manga seis ases que fueron a dar contra el parietal de Ratuña.

Trampa.

El éxito de Ragendolfer con los naipes era un artilugio tramposo.
Hubo un momento de tensión. Ratuña se puso de pié apoyando sus puños cerrados sobre el verde tapete de la mesa de juego. Nadie había visto nunca a Ratuña enojado y todos suponían que ese montículo de músculos de dos metros quince sería una máquina asesina.
Ratuña tiró su cigarro contra el suelo y comenzó a llorar.
Hipaba y emitía un sonido similar a un:
—Hiiiiiiiii.

Moustad, el director del penal, también se puso de pié con lágrimas en los ojos y ofreció un hombro a Ratuña, mientras le palmeaba la espalda suavemente.
— ¿Cómo es usted capaz de algo así?—Gruñó Moustard a Ragendolfer.
—Hiiiiiiiii –continuaba Ratuña.
— ¿Qué clase de persona hace algo así en un penal tan honesto como este? Moustard sonaba gravemente enojado aún con lágrimas en los ojos.
—Hiiiiiiiii.
—Ya, ya... —Moustard trataba de calmar a Ratuña— ¿Ve usted cómo lastimó al señor jefe de la guardia, desalmado?
—Hiiiiiiiii.
Ragendolfer sólo podía mirar la punta de sus zapatos. El resto de los jugadores oscilábamos entre la furia y la sorpresa.
—Hiiiiiiiii... hip... hiiiiii... hip, hip.
Nadie sabía qué hacer. Anastasio Perduomo opinó en voz alta que debía llamarse a la policía y todos nos convencimos de que era un perfecto idiota.
—Hiiiiiiiii.
Al fin, cuando Ratuña comenzaba a calmarse, el director Moustard se secó las lágrimas con su pañuelo turquesa y dijo a Ragendolfer:
—Junte usted sus pertenencias. Está expulsado de este penal.
Una exclamación general de asombro se elevó como un aeroplano. Nunca, jamás, un interno del penal había llegado a merecer sanción tan extrema.
Ragendolfer juntó sus fichas, el dinero en efectivo que había sobre la mesa y el par de zapatos que le había ganado a Samara. Fue caminando rumbo a su celda con gesto serio. Todos seguíamos en silencio oyendo a Ratuña:
—Hiiiiiiii, hiiiiiiii, hip, hip...
Después de su expulsión no volvimos a saber nada de Ígor Ragendolfer.

Decimotercer capítulo del libro "Autobiografía de un inoperante", de Pascual Cándido Paszkowklanzervanterteinsterbaunmenschultzsch. 1963. Ed. Hermanas pesimistas del beato Gutiérrez.

* * *

Ígor Ragendolfer temblaba y tiritaba, no necesariamente en ese orden, e incluso algunas veces simultáneamente, al ser maltratado por el helado viento suburbano.
Las calles de ese suburbio tenían un aspecto poco familiar. Se había acostumbrado demasiado al paisaje de su barrio y cada territorio aspectado distinto le llamaba la atención.
Caminaba rumbo a la estación de trenes hacia el único lugar que vio para comprar comida. El mediodía le pesaba por hambre y por frío.
Ragendolfer era vendedor ambulante. Diariamente partía hacia los más alejados suburbios para vender saxofones comestibles. Su lema era: hay que ir a esos lejanos parajes y vender lo que no se consigue en los comercios del barrio.

Era un optimista.

Diariamente caminaba ocho horas ofreciendo sus productos puerta por puerta. Hay que admitir que las zonas que seleccionaba eran de poca densidad poblacional y a veces entre casa y casa había distancias que tranquilamente podrían medirse en yardas holando-pakistaníes.

ACLARACIÓN NECESARIA

Las yardas holando-pakistaníes equivalen a setecientas veintitrés toesas por quincena. Dejo al lector el cálculo para el pasaje a una unidad más comprensible.

FIN DE LA ACLARACIÓN NECESARIA

Pero su afán de venta lo animaba. A veces, cuando pasaba horas sin realizar ninguna venta se desmoralizaba un poco. Pero rápidamente el universo se equilibraba y realizaba dos o tres ventas seguidas.
A dos calles de la estación comenzaba a sentir sus pies, teñidos de azul por el frío, adormecidos.
De lejos se veía el cartel del objetivo buscado, que definía su carácter comercial con una sola y certera palabra: Morfi.
La estación de trenes era una montaña de tierra con un palo clavado en la cima.
En los alrededores, a diferencia de las estaciones más cercanas a la ciudad, no se veía demasiado movimiento. Se resumían los alrededores con la siguiente descripción: baldíos abandonados, casi infinitos, con yuyos de metro y medio de estatura, algunos árboles, una vaca que masticaba una lata y a unos cien metros el que parecía el único local comercial en muchísimos kilómetros a la redonda.
El helado pampero traspasaba las ropas de Ígor, que con velocidad ingresó al local.
En el cielo unos nubarrones oscuros traían malos presagios.
Se encontró con un ambiente de unos 20 metros de fondo por 80 centímetros de frente.
En el techo unas bombillas recordaban que en el pasado sus vidrios habían sido transparentes mientras dejaban escapar un destello ocre.
Un par de mesas de 40 centímetros de largo por 20 centímetros de ancho descansaban

contra una pared con la compañía de unas banquetas oxidadas.
Sobre el fondo del local un mostrador ocupaba todo el ancho del mismo (80 centímetros, según las descripciones antecedentes).
Detrás del mostrador había una forma de vida antropoforme con increíbles parecidos a una persona.
El antropoide saltó por encima del mostrador y se acercó a Ígor. Vestía una chaqueta de color indeterminado por la mugre, con aforismos de Narosky escritos con bolígrafo, y que sobre el bolsillo que tenía a la altura del pecho llevaba una críptica descripción: Capo.
Sus manos sostenían un trapo que bien podría confundirse con un cuervo aplastado por un auto. Sus cabellos habían sido engominados hace veintitrés meses y aún seguían así sin un lavado.
Emitía un olor similar a las reuniones de sindicalistas los días de 40 grados a la sombra.

— ¿Que hacé, turbina?— saludó el antropoide.
—Señor, ¿podría pasar al baño antes de que tome mi pedido?
—No jodas papá... ¿qué vas a pedir?
— ¡Pero necesito un baño!

El antropoide agarró todo el cuello de Ragendolfer con tan sólo una mano:

—Si querés un baño enfrente tenés mucho baldío— lo soltó bruscamente—, y si necesitás papel hay en ese tacho de basura— señaló un rincón oscuro.
—Está bien, está bien... Tráigame un plato de sopa, por favor— exclamó Ígor con un hilo de voz.
—Sale treinta pesos, titán. Y me los pagás ahora.

Ragendolfer extrajo de su calcetín derecho treinta pesos exactos y se los extendió al antropoide que tomó el dinero con un violento manotazo, se acomodó su trapo símil cuervo aplastado en el hombro derecho y caminó hasta el fondo del lugar. Saltó el mostrador y encendió una cocina portátil que descansaba en un estante mientras hojeaba un periódico que en todas las noticias incluía fotografías de selectas nalgas femeninas y frases con rimas fáciles y chabacanas como las de algunos espectáculos teatrales contemporáneos (*)

Nota del (*)

Recuerde el lector que existió un prócer dramaturgo nacional que tuvo la valentía de llamar a su obra teatral “Chupame los huesitos”, que estuvo en cartel en un importante teatro porteño allá por la década del 90`, haciendo gala de un ingenio extraordinario del que miles de revistas hicieron eco.

Fin de nota del (*)

Mientras esperaba su plato, Ragendolfer se debatió entre visitar el baldío sin fin que se veía a través de la vidriera notando que eso que llamaba vidriera era la puerta del lugar. Pero el salvajismo con que el viento violentaba los yuyales haría dudar a la tripulación completa de un pesquero camerunés. Prefirió permaneces dentro de ese pasillo de chapas que al menos ofrecía un noventa por ciento de refugio.
Lo distrajo un estornudo del antropoide que hizo temblar los agujereados chapones que oficiaban de techo. Pero más lo impactó el violento y devastador eructo que siguió al estornudo.
El pudor impide al escritor entrar en detalles acerca de las particulares y extrañas frecuencias audibles que prosiguieron.
Ragendolfer hacía equilibrio sobre la desvencijadísima banqueta y trataba de concentrarse mirando uno de los foquitos. Por eso no notó los golpeteos sobre el techo que preludiaban la lluvia.
Lo desconcentró un balde golpeando contra su cabeza. Desorientado, giró hacia el antropoide.
—Poné ese balde ahí— señaló un sector del piso— que va a llover.
Ragendolfer acomodó de mala gana el balde, pero con presteza, porque un grueso hilo de agua descendía de uno de los orificios oxidados del techo y aterrizaba peligrosamente cerca de sus pantalones.
El antropoide se acercó sin que Ígor lo oyera portando en una mano un plato de sopa. En la otra llevaba su trapo símil cuervo aplastado. Y en la otra llevaba una panera vacía. Y en la otra...

Cuando dejó sobre la mesa el plato y la panera vacía Ragendolfer alzó su cabeza y notó que el presunto mamífero llevaba colgando de su boca un generoso trozo de pan.
— ¿Me va a dar pan?— interrogó señalando la panera.
El antropoide, después de morder una porción que atragantaría a cualquier humano promedio, tomó entre dos dedos el pan, lo acercó a la cara del cliente y contestó:
—Si querés un cacho, mordé.
Con un gesto Ragendolfer desechó el ofrecimiento.
Al bajar su vista su expresión adoptó un asombro similar al que le generaría la noticia de la existencia de cerebro en una vedette televisiva.
— ¡Mozo!— llamó en voz alta.
El antropoide, que ya estaba trepando el mostrador para volver a su lectura, hizo un soplido.
Se acercó a la mesa con un gesto de desagrado y escupió el piso.
— ¿Ahora que quere`?— su tono y su gesto mostraba una reducidísima disposición a la amistad.

—Hay una ardilla en mi sopa.

Efectivamente, una simpática ardilla ocupaba el centro del plato de sopa. Estaba parada sobre sus patas traseras mientras que con las delanteras sostenía un fideo y lo devoraba con gesto complaciente y despreocupado, gesto que suelen poseer las ardillas felices.

El antropoide extrajo de su cintura un arma de calibre mediano y efectuó un disparo contra la ardilla, que murió en el acto dejando medio cuerpo dentro del plato de sopa y mostrando en su rostro los dos ojos en equis y la lengua afuera saliendo por un costado de la boca.
—Ya está— murmuró el sujeto y partió rumbo al mostrador.

Ragendolfer estuvo inmóvil durante un minuto. Luego se levantó mirando la gruesa lluvia que castigaba la zona. Hizo un amague hacia la salida pero se detuvo instantáneamente, como recordando algo.
De su bolsillo sacó un par de monedas y las dejó sobre la mesa. Por las dudas. Luego salió a paso ligero y se perdió bajo el tupido aguacero.

Relato aparecido en el número 70 de la revista "Che, vo`". Abril de 1939, editada por el Club de Ancianas Motociclistas del barrio de Once.

* * *

… la investigación historiográfica nos deja muchas dudas con respecto al incidente del Río de la plata que fue protagonizado por el "Doncella pajuerana" y el "Felino perezoso", ambas naves americanas que llegaron al borde del citado combate.

Es preciso aclarar que según Tránsito Verdaguer, en su texto "Historias sin resolución de este lado del mundo", la batalla habría sido el desenlace de un desacuerdo de facciones de la región sudamericana. Según Verdaguer muchos hombres no estaban de acuerdo con la creación de países ya que eso fragmentaba la Patria Grande Americana que soñaban gran parte de los habitantes. Consideraban que las independencias eran fomentadas desde el imperio británico para sembrar nacionalismos y cosechar desunión entre los pueblos de América.
Con este fin fue que algunos grupos armaron el corsario "Felino perezoso", una nave de 24 cañones que tenía por objetivo debilitar las flotas estables de los nuevos países americanos para presionar a las Juntas de Gobierno y promover la creación de una única Patria Grande, de manera de evitar la influencia del imperio.
Verdaguer sugiere en sus páginas que el corsario habría sido armado por gente cercana a Artigas, desde la banda oriental, pero otros historiadores, entre ellos Paco "motoneta" Chamorro, desestiman esta versión fundados en que Artigas nunca habría aprendido a nadar.

El "Doncella pajuerana" fue encargado al mando del capitán Arquímedes Cornelio Ventado, militar con amplia experiencia en la observación de aves, por la Junta de Gobierno de Rivadavia, a poco de triunfar la revolución de 1810.
La nave comandada por Ventado cumplió su primera misión entre Rosario y Buenos Aires transportando un importante cargamento de pizzas, y luego fue asignada a la patrulla de las aguas del Plata para asegurar la soberanía marítima de la naciente nación.
Según Homero Roque, historiador aficionado a drogas pesadas, la tripulación del "Felino perezoso" fue reclutada entre la escoria que frecuentaba los submundos de los puertos sudamericanos, gente de baja y despreciable vida que vagaba entre los burdeles y los reducidores de botines del delito. Así se reunieron los 80 hombres entre los que había licenciados en economía, regentes de burdeles, asesinos a sueldo, estudiantes de ocultismo, escritores fracasados, piratas desocupados, ingenieros industriales, traficantes de condones, degenerados y ex ministros del parlamento británico.
El "Felino perezoso" había surcado el Paraná desde la provincia de Entre Ríos, y tuvo un breve paso por tierras orientales. Prueba de eso es la memoria de la aduana de Colonia del Sacramento, en donde consta que "una nave, de bandera desconocida, luego de detenerse en este puerto, solicitó 40 docenas de bizcochos dulces en la panadería portuaria y se dio a la fuga sin abonar el importe de la mercadería".
El detalle de la bandera desconocida que cita la autoridad aduanera oriental se comprueba en el diario de a bordo del capitán del "Doncella pajuerana". Según la página 34 del citado escrito "se divisó en el horizonte una nave de guerra en cuyo palo mayor flameaba una bandera verde en la que se veían claramente las figuras de dos rabanitos flanqueadas por una mulita y un pato doméstico".

Gertrudis del Prete, la historiadora correntina que ganara el maratón del año 1971, especula que la capitanía del "Felino perezoso" habría sido encomendada a un intelectual llamado Ígor Ragendolfer que apoyaba fervorosamente la desaparición de los "estados pro británicos", según una carta sin fecha que se conserva en formol en la ciudad uruguaya de Fray Bentos, "para crear una única patria americana libre de yugos".
De Ragendolfer ningún dato biográfico certero pudo ser hallado mas allá de un par de cartas, una de ellas dirigida a Artigas, y un libro dedicado por una tal "Milagros O. de R." cuyo título era "Capitanee su propio barco en 24 fáciles lecciones". En la actualidad dos ciudades se disputan el lugar de ciudad natal de Ragendolfer, Buenos Aires y Tacuarembó, sin que ninguna haya presentado pruebas científicas concluyentes.

El diario de a bordo del "Doncella pajuerana" deja testimonio de las provocaciones que llevarían al enfrentamiento:
"…la nave desconocida tomó rumbo noroeste, hacia nuestra posición, con un marinero al frente agitando en sus manos una enagua blanca. Ante esa señal, inequívoca, comenzamos a aprestarnos para la batalla".
Años después, en una misiva dirigida al gobernador Balcarce, el capitán Ventado reconoció su inicial error táctico al permitir que el "Felino perezoso" se acercara a su nave de manera que ningún cañón pudiera apuntarle.
La cercanía de ambas naves anunciaba un combate cuerpo a cuerpo, un violento abordaje esperado por los hombres de ambas naves con sables y bayonetas prestos.
Homero Roque teoriza que el desenlace de la batalla era fácilmente previsible, debido a la calidad de hombres que reclutó el capitán del "Felino perezoso".
Pero conozcamos el desenlace según las palabras del diario de a bordo redactado por Ventado:
"…las naves se acercaban rápidamente y en ambas bordas podía olerse el combate. Los filos estaban sedientos de sangre y la vida del marino, cuando la confrontación se acercaba, cobraba su razón de ser. Los hombres de mar sabían que la batalla era su misión primordial.
Cuando la nave enemiga, el "Felino perezoso", estuvo casi a la par de nuestra nave pude ver a su capitán sobre el puente. Tenía una chistera negra, brillante, y un bigote particular. Vestía una chaqueta amarilla muy llamativa.
Me miró haciendo un gesto que podría interpretarse como "que gane el mejor". O como "¿Puede usted acercarme esa botella?".
Lanzó un potente grito: ¡Al ataque, por estribor!
Todos los marinos del "Felino perezoso" gritaron salvajemente y se lanzaron al ataque… pero por babor.
Cayeron al agua y perecieron ahogados.
Era evidente que esos hombres brutos y de mala vida aún no habían aprendido cuál era babor y cuál era estribor.
No puedo describir nuestro gesto de sorpresa, y mucho menos el gesto del capitán enemigo que no pudo salir fácilmente de su inmovilidad".
En otras páginas Ventado aclara que Ígor Ragendolfer se escapó embarcado en un

barril vacío y remando con su propio sombrero. El “Doncella pajuerana” no pudo seguirlo porque su tripulación completa estuvo dos horas sin poder parar de reírse. No existen otros datos que iluminen o documenten sobre la vida de Ragendolfer después de ese incidente.

Fragmento de “La historia Americana incontable”, de Hilario Sancho Birmingham. 1984 Ed. Serrucho sensible.

* * *

Ígor Ragendolfer no sabía nadar. Quizás a usted ese dato le parezca irrelevante, pero para Ígor era muy importante: acababa de caerse a la piscina del club social de *boy scouts* barrabravas.
Un microsegundo de distracción, tropezó con un ejemplar de un libro de autoayuda que alguien había abandonado junto a la piscina y fue de bruces al agua en una caída digna de ser explicada en una conferencia con proyección de diapositivas.
Braceaba con la intención de flotar, pero irremediablemente el fondo lo atraía.
Ígor supo de su fatídica situación y creyó que vería pasar su vida frente a los ojos como una película, pero se le antojaba un fernet y una porción de papas fritas.
Sorpresivamente, una mano lo tomó de su brazo derecho. Su cuerpo se elevó del agua y el borde de la pileta lo contuvo del seguro fenecimiento.
Ragendolfer salió del agua primero mojado. Luego, habiendo tomado varios litros de agua de la pileta, sintió un gusto horrendo en la boca.
Después de toser y respirar mirando hacia el centro del planeta comenzó a incorporarse. Se vio a sí mismo.
¿Cómo?—pregunta el lector en voz alta—.
Si. Vio a un hombre idéntico a él.

El hombre de pie era idéntico a Ígor. Sólo que vestía un par de mocasines bicolor, un pantalón de gimnasia con dos tiras blancas cosidas a los lados de las piernas, un sobretodo negro, camisa blanca, corbata rojo borravino y una chistera sobre su cabeza.
—No comprendo—dijo Ígor—, Usted se parece mucho a mí ¿Verdad?
—Más aún—dijo el clon—. Soy usted mismo.
—Esto es confuso—se quejó desde el suelo.
—Soy usted mismo, sólo que yo vivo en el futuro y vine a verlo unos instantes gracias a una novedosa máquina que compré en una interesante oferta.
— ¿Viene usted del futuro… digo… Yo mismo me visito desde el futuro?
— ¡Vamos! No diga que se sorprende… novelísticamente es un recurso utilizado hasta el hartazgo…
—Pero… para mí esto no es una novela… ¡Esto está pasando en mi vida real!
—Anímese, hombre… Esto no tendrá efectos especiales… Tan sólo vine a sacarlo de esa pileta… Usted no debe morir aquí.
—Explíquese mejor.
—Aunque a usted no le caerá muy simpático oír esto, debo informarle que el destino existe. Además de no ser una utopía, el destino es algo tangible. Y en el suyo, perdón, en el nuestro, no figura esta muerte… Por eso vine a salvarlo. Además usted aún no fabricó su destino.
—No entiendo… ¿Usted viajó en el tiempo solo para salvarme?
—Exacto… Comprenderá que no lo hice sólo por usted… También lo hice por mí.
—Se comprende. Pero… Contésteme una pregunta.
—Sea prudente. Recuerde que conocer el futuro no conviene.
— ¿No conviene?
—No. Se lo explicaría pero es un tema hondamente filosófico. Dejemos de lado la

filosofía que nos baja el minuto a minuto, por favor. Así que sólo le contestaré una única pregunta y me iré por donde vine.
—Estem…—Ragendolfer tomó su barbilla, en evidente gesto. Después de un instante dijo: — ¿Puedo preguntar cualquier cosa?
—Si—Dijo el hombre; con un amable gesto levantó su chistera, saludando, y caminando pocos pasos desapareció tres una puerta lateral.
Ígor Ragendolfer miró, ya sentado, el embaldosado que circundaba la piscina.
—Pucha—dijo—, yo pensé que en el futuro ya no volvería a tener bigotes.

Fragmento del libro "Leyendas urbanas edulcoradas" de Hilario Tadeo Wertz. 1989 Ed. Federico Klemm.

* * *

En el despacho, el doctor Ragendolfer charlaba con su fiel asistente Tancredo. Era una de esas tardes de invierno en la que la luz del sol desaparecía temprano y el poco trabajo hacía mas pesada. Para mitigar el efecto del hastío ambos hombres charlaban animadamente.
Tancredo, luego de finalizar una idea con explicaciones gestuales incluidas, dijo:
—…y por todo esto que le cuento es que creo que ha triunfado el socialismo en la Antártida.
Ragendolfer terminaba de encender un cigarro y cuando iba a contestar vio la luz.
Era, efectivamente, una luz. Blanca, de tamaño pequeño, casi como la bombilla de un faro de auto. Apareció en la pared y se acercó a los hombres.
De cerca se notó mejor su forma: era una cucaracha completamente blanca que emitía luz y flotaba en el aire.
Al ver la forma del insecto, Tancredo exclamó:
— ¡Frank Zappa!
Ragendolfer lo miró duramente.
Tancredo hizo un gesto de no entender el reto silencioso.
—Franz Kafka—dijo Ragendolfer, corrigiendo.
La sorpresa no llegó a Tancredo—era un poco lento de reacción—que se quitó su zapato talle 49 e intentó pegarle a la cucaracha voladora luminosa.
El zapato no reaccionó contra ningún objeto duro. La cucaracha parecía un fantasma.
Luego del inútil ataque, el insecto—la cucaracha, no el asistente—emitió un rayo láser hacia Tancredo y lo convirtió en un montoncito de cenizas de no más de seis centímetros de altura.
Ragendolfer hizo un gesto de horror, pero enseguida calculó el ahorro que le significaba esto en gastos de indemnizaciones a empleados.
Con un gesto sonriente volvió hacia la cucaracha y sin pensar habló solo:
— ¿A qué debo su visita, señor Kafka?
—No me llamo Kafka, estúpido—la vocecita salió de la luz.
—Disculpe usted. Es que existe un libro que…
— ¡Eso ya lo sé! Leí ese libro hace mucho tiempo. Pero ¡Basta! No he venido a hablar de literatura con un humano.
—Explíqueme qué hago yo charlando de literatura con un insecto como usted.
— ¿Y quién nombró a ese…? Por culpa de ese libro millones de humanos nos llaman así.
— ¿Millones?
—Calculo que millones. Tengo entendido que los humanos leen mucho.
— ¿Me va a decir su nombre?
— ¡Oh! Roberta. Mi nombre es Roberta, y soy el alma de una cucaracha homónima que usted asesinó ayer.
— ¡No me diga que las cucarachas tienen alma!
—La misma pregunta nos hacemos de ustedes.
—Encantado, señorita Roberta.
— ¡Señor!
— ¿Acaso es usted una cucaracha macho y se llama Roberta?
—Si. Pero no me desvíe más de mi conversación, por favor. Vengo del mas allá de las

cucarachas a vengar a mi gente. Nuestros servicios secretos tienen datos y pruebas firmes de que usted es un genocida.
— ¿Genocida yo? ¡Si nunca maté ni a una mosca!
—Moscas no, pero cucarachas unas veinticinco mil doscientas diez. El número era uno más, pero lo exoneraron de un caso.
— ¿Me exoneraron?
—Si. A la ciudadana Roberta la mató la puerta de su heladera en el momento en que ella trataba de poner los huevos.
— ¿Perdón?
—Fue un accidente. Usted abrió la heladera para sacar un frasco de lupines y ella aprovechó para ingresar y hacer un nido para las crías. Pero por el reuma no podía correr demasiado y la puerta la aplastó. Usted ni siquiera llegó a ver el cadáver. Nuestros agentes informaron que en esos tiempos era usted un mugriento.
—Caramba. Me siento apenado. Pero esa Roberta ¿Era usted o era otra Roberta?
—Todas las cucarachas nos llamamos Roberta sin importar el género. Sépalo. Ahora usted será castigado por el crimen de todas las Robertas hermanas. ¡La justicia del más allá vengará, al fin, a nuestras caídas!
—Oiga. Oiga. Admito que maté muchas cucarachas, digo, Robertas en mi vida pero ¿Qué esperaba que hiciera? Si ustedes son bichos repugnantes.
—Eso dice porque nunca se miró a un espejo.
— ¡Pero ustedes son insectos! ¿Cómo esperan que las traten si se meten en casas humanas sin ningún permiso?
—Que nos reciban con un *cognac* y un habano.
—Esto es demasiado. Haga el favor de retirarse.
— ¡Irrespetuoso humano! ¿Desafía acaso el poder de las fuerzas del mas allá?
—Solo por curiosidad… ¿Qué castigo me correspondería?

Silencio.

Más silencio.

Mucho mas silencio.

Al fin, el insecto contestó:
—Ehr… si le dijera que los que me enviaron no me explicaron esa parte, ¿Usted me creería?
—Sería lógico. Ustedes tienen el cerebro de una cucaracha. Mucho no pueden pensar. Apenas pueden seguir su instinto de alimentarse y reproducirse.
—Es cierto.
—Y seguramente, al tener un cerebro tan pequeño, tienen ustedes terribles deficiencias en la memoria. No tienen espacio en donde guardar recuerdos.
—Eso también es muy cierto. Sin ir más lejos, ahora no recuerdo su nombre.
—Ígor Ragendolfer.
—Roberta. Encantado.
— ¿Quiere que le dé un buen dato, Roberta? Aquí a dos cuadras hay un depósito de

harina donde muchas cucarachas encuentran comida, y calculo que también será un buen lugar para encontrar pareja.
—Eso me interesaría. Espero que no haya sólo Robertas macho como me pasó la última vez… estuve en un galpón portuario y resultó que eran todos machos. La estadía resultó aburrida para gran parte de los presentes.
—Los comentarios del barrio dicen que en ese lugar son de ambos sexos. Completamente hermafroditas.
—Le agradezco. Ahora mismo voy hacia allá. Antes dígame ¿Recuerda usted para qué vine aquí?
—Para comprar una biblia usada, pero se nos acabaron.
— ¡Qué contrariedad! Bueno… Volveré en otro momento.
—Tenga usted buenas tardes.
—Buenas tardes.

La cucaracha fantasma se retiró flotando hacia el pasillo buscando el ascensor.

Relato de origen desconocido hallado en un departamento de la calle Estados Unidos, en el barrio de San Telmo. Buenos Aires, Argentina. 2003. Museo barrial de hallazgos insignificantes.

* * *

…como las cosas que suceden inadvertida o lentamente, envejecer o enamorarse, el problema de Ígor Ragendolfer fue detectado tardíamente.
Es cierto que experimentó una ligera sensación de confusión el primer día que aquello sucedió. Mas no le asignó importancias mayores hasta que los límites de su decoro fueron debidamente triturados por la realidad.
El primer incidente, mínimo, fue un dos de Mayo. Recordaba esa fecha por alguna asociación de ideas que no confesaba, mas aclaraba que no era nada de importancia mayúscula. Ese dos de Mayo despertó recostado en el suelo de su habitación, a la diestra de su cama.
Sí, en el suelo.
No expectó demasiado para concluir que una noche de sueños movidos lo hicieron caer de la cama sin que el profundo estado de desconexión de ensueños le permitiera advertirlo.
El siguiente día se repitió ese despertar desubicado en el espacio. Pero ni el fresco matinal que actuaba sobre su cuerpo le permitió dudar sobre la hipótesis de su caída entresueños. El colchón no estaba a una distancia fatal del suelo y la caída podría ser amortiguada por la alfombra que ladeaba el lecho.
El detalle que notó mucho tiempo después era que cada despertar era más lejano al punto de la primera caída. Reflexionó: si caía de la cama en medio del sueño era esperable que al abrir los ojos pudiera ver bajo su cama, ya que el cuerpo que caía quedaba a la misma altura, a la misma longitud, del mueble.
El día que abrió los ojos y pudo ver las patas de la cama casi junto a sus narices (se entiende que las patas de la cama que correspondían a sus pies cuando estaba normalmente recostado en ella), supuso que el movimiento de esa noche habría sido mayor.
Notaba cierta preocupación al no recordar el contenido de esos sueños que le provocaban el movimiento nocturno, es verdad.
Todos esos sucesos llevaron meses en ser exactamente digeridos por su razonamiento.
Algo de preocupación nació el día en que despertó ya fuera de su habitación. Para más precisiones, entre la puerta de la habitación y la puerta del baño.
En esos días fue que Ígor Ragendolfer se acercó a la consulta externa en donde atendía yo.
Es usual que un paciente declare alguna perturbación de su periodo de descanso. Los profesionales acostumbrados a la vida de las grandes ciudades no se asombran en lo mas mínimo de este tipo de casos. De modo que seguí los fríos protocolos de píldoras y consejos que sé inútiles, que confío placebos.
El paciente no volvió a verme hasta pasados algunos meses de su primera visita. Sus despertares se habían agravado. Con un gesto claro de preocupación me comentó cómo desde el comienzo de su tratamiento había ido despertando cada vez mas lejos de su cama. Incluso en la vereda misma del edificio que habitaba. Los primeros días se repetía la rutina que lo acercaba al piso junto a la puerta del baño. Mas luego fue despertando en la sala misma de su departamento. Luego cercano a la puerta. Luego en los pasillos del edificio. Un día dentro mismo del ascensor, generando preocupación entre algunos consorcistas. Luego el hall del edificio, indignando un tanto al encargado del edificio.

Las pruebas de sueño que prescribí, que incluyeron un par de noches de internación, no delataron anormalidades. No tenía, pues, elementos firmes que avalaran el relato del paciente.
Opté por alguna medicación un tanto más poderosa, que provocara un sueño pesado inhibidor de movimientos físicos. Recuerdo que saludé a Ragendolfer sintiendo algo de congoja de su gesto.
Cuando creía olvidar a ese hombre tan particular, particular tal vez por su chistera o por su manía de vestir trajes a cuadros, es decir, algunos meses después, recibí su visita nuevamente.
Su gesto era desencajado. Denotaba un dejo de desesperación y resignación. Lo invité a tomar asiento y escuché su relato.
Continuaba despertando fuera de la cama.
Al incidente de despertar en la calle de su mismo edificio, último que yo recordaba, se sumaban nuevos y asombrosos sucesos. Despertar dentro de una panadería cercana, en una plaza pública sobre unos desperdicios, en un conocido shopping center, en el despacho presidencial de una empresa transnacional, en los sótanos de un banco renombrado, en el portaequipajes de un tren suburbano, en las escaleras de la biblioteca nacional y en la fuente del Parque Chacabuco.
En ningún momento su relato perdía coherencia y credulidad. Eso me extrañaba un poco. No quise pecar de crédulo (me asombro en mi agnosticismo de sentirme pecador) y decidí encarar con rigor este asunto. Todos los test psicológicos, psiquiátricos y neurológicos mostraban normalidad. Algún desorden de personalidad pero nada que saliera de los carriles que los profesionales debemos encasillar como usuales.
Al comunicarle todo esto al paciente su rostro mostró angustia. Mi ciencia parecía no poder ayudarlo.
Recurrí a medicaciones equiparables a la artillería pesada. Mas algunos consejos informales como atarse un pié a las patas de la cama con una cuerda, juguetes sonoros alrededor de la cama, sistemas de alarma que activaran sonoras alertas ante una caminata sonámbula…
Supuse, erróneamente, que esas previsiones habrían logrado el efecto positivo que deseaba, fundando mis presunciones en la larga temporada en que no volví a ver al paciente.
Fue una casualidad, esas hermosas sorpresas que nos regala la vida, la que cruzó mi camino, nuevamente, con Ígor Ragendolfer.
Cierta tarde de verano en que me hallaba en soledad decidí estirar las piernas al aire libre por la costa del Río de la Plata. En esa despreocupada caminata rompió mi abstracción, observar el horizonte ribereño, una voz familiar que pronunció mi nombre: era Ígor Ragendolfer.
Lo saludé con asombro, pues su aspecto estaba notoriamente mejorado si tenía en cuenta la última vez que lo había visto. En un saludo casual, rápido, no tengo la costumbre de hacer preguntas que requieran demasiado tiempo en ser esclarecidas, pero mi curiosidad me llevó a ser un tanto indiscreto acerca de la situación del hombre.
Ragendolfer hizo una mueca con aires de sonrisa, miró al piso, y comenzó un relato

claro.
Sus problemas no se habían solucionado en lo mas mínimo después de su última visita a la consulta.
Tomaba la medicación con puntualidad. Incluso ponía en práctica esas informales ideas que le había sugerido. Invariablemente despertaba entre sorpresas y angustias.
Continuó despertando en lugares insólitos. Entre ellos, recuerdo que nombró el Bar Británico, la Facultad de Filosofía y Letras, el estadio de River Plate, los baldíos de Villa Soldati, el puerto de Montevideo, algunas islas del delta del Paraná, un camping junto a la laguna de Chascomús, la casa de la cultura del gobierno de la ciudad, la estación de trenes de Retiro y el monumento a los españoles.
Toda precaución tomada en su dormitorio resultaba vana. Incluso llegó a tomar la costumbre de dormir con un impermeable que contenía unas zapatillas en sus bolsillos para no pasar por la humillación de tener que volver a su casa caminando las calles vistiendo su pijama.
Admitió que un cierto gusto por lo desconocido, por la aventura, nacía en su ánimo, a pesar de los despertares desagradables.
Pero todo cambió una mañana de la última, la anterior, primavera. Despertó lentamente, sin abrir los ojos. Un sentimiento de comodidad lo atrapó, y antes de enterarse dónde estaba ese día decidió disfrutar ese modesto bienestar. El sol le daba en el rostro con esa tibia caricia inconfundible. Un aroma dulce acompañaba la mezcla de sensaciones. Sus manos apenas se movieron para notar que estaba sobre una cama.
Lentamente abrió sus ojos.
Tardaron sus pupilas en acostumbrarse a la luz solar que invadía el ambiente.
Lentamente se fue incorporando. Miró a su alrededor. Una habitación que no estaba desordenada ni cumplía con pretenciosas normas de pulcritud. Giró la cabeza. A su lado, recostada en la misma cama, una mujer dormía. La observó detenidamente. Era hermosa. O al menos era hermosa para los parámetros que él había construido acerca de la hermosura. Petrificado, la observó mientras trataba de comprender cómo es que despertaba junto a ella. La observación se detuvo ante un movimiento en la roja cabellera de la dama. Lentamente ella abría sus ojos. Miró fijamente a Ragendolfer… y sonrió. Una sonrisa mezcla de dulzura y despertar.
Ígor Ragendolfer sospechó, presintió, que sus aventuras y desventuras de despertar en lugares insólitos habían acabado. Y que en lo sucesivo despertaría junto a esa mujer.

No se equivocó.

Esa tarde, junto al río, me refirió esa historia con una sonrisa en sus labios. Luego me saludó amablemente con un breve movimiento de su chistera y dándome la mano con gesto respetuoso.
Apoyado en la baranda de la costanera, soportando el viento cálido de esa tarde, vi alejarse lentamente a ese hombre de traje a cuadros.

Fragmento de "Licenciado para matar". Biografía del doctor Henri Gunter Gutiérrez. Fecha desconocida. Ed. Esperanza.